

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

1º DE AGOSTO DE 1893

Nº 39

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Crónicas yankees, por R. R.—Dr. Felipe Larrazábal.
—Dr. Elias Rodríguez, por A. Herrera Toro.—Caricias de Eos,
por el Dr. K. Villavicencio.—La Aurora, poesía de Domingo Gar-
bón.—Juan E. Linares, por la Dirección.—Carta del Gral. Jacinto
R. Pachano.—Poesía de Octavio Hernández.—La viuda del Pes-
cador, por el Dr. A. Dominici.—Hojas sueltas, por el Dr. Do-
mingo Alas.—NUESTROS GRABADOS.—Para el álbum de la Srta.
Isabel Velutini, poesía por J. J. Breca.—El Hospital de niños y su
inauguración, por la Dirección.—La Empleo-manía, por el

Curioso Pirante.—Notas de una velada, por H. O.—Necrologías,
por la Dirección.—Música.—En un ministerio.—Pensamientos
tomados del Álbum del Hospital Linares.—El Pescador de
Islandia.

GRABADOS.—Jaime (marinero) relatando un viaje á los
niños de á bordo, dibujo de Hermann Kaulbach.—Dr. Felipe
Larrazábal, de fotografía.—Dr. Elias Rodríguez, de fotografía.—
señor Juan E. Linares, de fotografía.—La Caja de Agua de Va-

lencia (Venezuela), de fotografía.—Botes en la Laguna de Valen-
cia (Venezuela), de fotografía.—Calle de la Marina en Maracaibo
(Venezuela), de fotografía.—La Virgen y el Niño Jesús, por G.
Dori.—Hospital de Niños.—Vista en el acto de la bendición,
Vista del patio principal. Vista del 2º cuerpo. Corredores del
Este y Clínica del Hospital, de fotografías.—Río Anauro, de
fotografía.—Edificio del Mercado de San Pablo en Caracas (Ve-
nezuela), de fotografía.



Jaime (marinero) relatando un viaje á los niños de á bordo.—Dibujo de Hermann Kaulbach

CRONICAS YANKEES

New York: julio 1893.

Imposible iniciar estas crónicas, sin hablar en primer término de la Exposición colombina 6 Feria universal de Chicago, como con más propiedad la llaman sus autores y principales patrones. Abierta prematuramente 6 sea cuando toda su parte material se hallaba aun inconclusa, hace más de 60 días que ella se organiza y completa bajo las apremiantes miradas del público, como un ejército que llega inadvertido y mal preparado al campo de batalla. Así pasan de ordinario las cosas en esta tierra del vapor y del *go ahead*. Señalada una vez la meta todo queda reducido á llegar á ella en el menor tiempo posible, sean cuales fueren por otra parte los peligros y los daños que resulten de semejante festinación. Describiendo en sus interesantes "notas de viaje," el carácter eminentemente impulsivo de esta raza, dice el señor Camacho Roldán, entre otras cosas, que el yankee genuino "propone casamiento el lunes y se casa el martes. Nace antes de seis meses de concebido, y probablemente muere la víspera, si con ello logra ahorrar algunos pesos." Aparte su literaria hipérbole, la frase es en el fondo profundamente verdadera, aquí, en efecto, todo lleva el sello y aparea los inconvenientes de tan vertiginosa actividad. Así como los muchachos trabajan para perfeccionar su educación, los ferrocarriles aun inconclusos se completan al servicio 6 deservicio del público, las calderas de los buques se prueban trasportando viajeros, los edificios más colosales recibiendo en el día de su estreno numerosísima concurrencia, y aun las leyes mismas se experimentan más bien que se discuten, por graves que sean los intereses que ellas afectan. La empresa de la exposición lejos de escapar á esta regla, la confirma por el contrario en su origen, en su desarrollo, y en todos y cada uno de sus pormenores. Cuando ocurrió la idea de conmemorar por tal modo el cuarto centenario del descubrimiento, tres ciudades acudieron á disputar el honor 6 las ventajas de ser teatro del certamen. New York, San Luis y Chicago, pero las dos primeras son ciudades abolengas, ciudades hijas de la colonia, ciudades de tradición, poco á propósito por lo mismo para representar fielmente el genio eminentemente improvisador y progresivo del gran pueblo. Chicago por el contrario es la ciudad hija de la república y como el Benjamín de la familia. La charcoña llanura situada al Sudoeste del lago Michigan que la contiene, fué vendida en 1835, por la insignificante suma de \$ 94,61. Algunas chozas miserables y un fuerte militar destinado á vigilar los indios, eran entonces sus únicas viviendas. Sin embargo los 70 habitantes de 1830, llegaron á ser 4.853 en 40; 29.000 en 50; 112.000 en 60; 298.000 en 70; 503.000 en 80; 1.700.000 en el día de la fecha. Cuarenta años bastaron para transformar el bohío en la magnífica ciudad que devoraron las llamas del incendio de 1877, y pocos meses para reparar con creces los terribles efectos de este desastre. Cuando el ilustre conde de Lesseps bregaba por quebrantar la resistencia que estas gentes oponían á la empresa del canal de Panamá, preguntábase con tanta oportunidad como elocuencia, cómo un pueblo que ha hecho el doble milagro de construir y reconstruir en 50 años una ciudad como la de Chicago, podía dudar de la practicabilidad de aquella obra. Pero si la reina de los Lagos, no hubiera obtenido la victoria por derecho de novedad, la habría alcanzado seguramente como premio de su activa é incansable obstinación. Figurémonos á Roma y al país latino de aquel tiempo, repitiendo en coro la famosa palabra de Catón, *delenda Cartago*, y nos habremos formado una idea de lo que fué Chicago durante los días en que el Congreso federal deliberaba sobre cuál debía ser el lugar de la exposición. Las comisiones enviadas á Washington se sucedían las unas á las otras, las solicitudes llovían por todas partes, la voz de la ciudad llegaba donde quiera que existe un alambre telegráfico, ella estaba en todos los oídos, su fórmula es-

crita se presentaba á todas las miradas. Iba usted al teatro, *Chicago debe ser el lugar de la exposición*, leía usted por todas partes. Entraba en un hotel y pedía ser servido, la carta contenía la misma recomendación. Compraba usted un sombrero, en el fondo se encontraba con una tarjeta en la cual campeaba el mismo mote. Imposible leer los diarios, principalmente los del Oeste, sin tropezar á cada columna, casi á cada línea con el mismo tema. La campaña fué tan activa, tan ardiente, tan clamorosa, tan maníática, por decirlo así, que los mismos neoyorkinos representantes de la ciudad émula aspirante al propio honor, terminaron por declarar que era preciso rendirse á tal empeño á trueque de volver la calma á los espíritus y la regularidad á los negocios en aquella región del país.

Hé aquí, pues, á Chicago la hija de la improvisación, encargada de improvisar una exposición. Sin embargo su entusiasmo disminuyó un tanto cuando aceptada su solicitud se trató de abrir la bolsa para poner manos á la obra. Las suscripciones del capital no fueron tan espontáneas y generosas como se creyó en un principio, y después de perderse no poco tiempo, la nación tuvo que acudir en auxilio de la empresa con un empréstito de dos millones quinientos mil pesos [\$ 2.500.000] hecho á condición de que la feria no sería abierta los días domingos.

Y ello no obstante, á contar desde el primero de mayo las inauguraciones parciales, las conferencias 6 congresos y las fiestas de todo género se suceden á diario y poco después el superlativo retumba, tal es la palabra, en las alturas de la prensa. Dos géneros de lujo caracterizan fielmente al pueblo de esta nación: el lujo del epítetismo y de la ponderación en su lenguaje y el lujo de los diamantes en sus mujeres. La mujer genuinamente americana, ostenta diamantes ya sean legítimos del Cabo 6 del Brasil, ya imitados en California, á todas horas y en todas las situaciones de su vida, en su casa, en las calles, en los paseos, á bordo, en los trenes, en las visitas, por supuesto que en los saraos, en las iglesias y hasta en los entierros. Los lleva en las manos, al cuello, en las orejas, en la cabeza, al pecho y en la cintura. Cuidado si ha perdido una de sus ligas, porque entonces cambiada la antigua leyenda caballerisca *desgraciado del que mal piensa* por esta otra de *fin de siglo*, se pagará al que la encuentre, habrá avisos en los diarios é interviendrá si es necesario la policía, pues estad seguro, esa liga perdida tiene ella también un broche de diamantes. Lo que pasa con estas piedras falsas 6 legítimas, ocurre igualmente con los vocablos más ponderativos y estruendosos. Aquí no existe nada, no se hace nada, no se piensa nada, no se fabrica nada que no sea digno de un superlativo. Si muere un general como Grant, la nación viste luto por el primer capitán de los tiempos modernos. Si se trata de erigir un monumento al marino Farragut, los Doria, los Santa Cruz, los Drack, los Reniter, los Jean Barst, los Nelson, los Churruca desaparecen 6 se humillan en la sombra para dar paso al primer marino de la época. Muere un senador que ha pronunciado algunos buenos discursos, y en el acto Demóstenes y Cicerón, Burk y Mirabeau vienen á deponer ante esa tumba el cetro de la elocuencia que ya no les pertenece. Apenas una modesta publicación hispano-americana que ve la luz en esta ciudad hubo pasado á manos de un editor yankee, cuando su carátula ostentó el correspondiente superlativo "primera revista española del mundo," signo inequívoco de su nuevo propietario.

Ahora, bien, este lujo del superlativo no podía faltar al tratarse de la exposición, que por otra parte y sean cuales fueren las rectificaciones hechas á diario por la realidad, lo lleva muy garbosamente. Aquello es verdaderamente extraordinario, una Babel dentro de otra Babel, salvo la confusión de lenguas, pues aunque allí se hablan casi todas las que se conocen en el globo, desde las monosilábicas y aglutinativas hasta las aynas de aparato idiomático más perfecto y de inflexiones más ricas sobran mo-

dos de entenderse y la máquina marcha tan armoniosamente como es posible. Su sello material característico es el de lo enorme, lo voluminoso, lo gigantesco, lo ciclópeo. En presencia de sus edificios, de sus parques, de sus avenidas, de sus aparatos de iluminación eléctrica y de los de sus trasportes, es menester alzar la unidad de valor, de peso, de medida, etc., á su más alta expresión matemática. Las distancias se miden por millas en sus edificios y por leguas en la extensión del terreno donde estos se levantan. La unidad monetaria es el millón, y la de peso la tonelada. Inútil hablar allí de centavos 6 de francos, de metros 6 de arrobas, pues para entender de tales menudencias sería menester que el cálculo y los oídos tuviesen ellos también un microscopio. El palacio de las máquinas es de tales proporciones que su contenido aparece relativamente insignificante aun con representar como representa el portentoso conjunto de los esfuerzos hechos por la ciencia y la voluntad del hombre para dominar la naturaleza y apropiarse sus secretos. Ese mismo lago Michigan, verdadero mar interior con 100 leguas de largo por 20 de ancho, trae á la memoria con sus numerosas embarcaciones á vapor y á vela, sus góndolas pintadas de negro y rojo, sus aguas oscuras de ondulación tranquila, sobre las que se reflejan á trechos las cúpulas de los edificios vecinos, á la Venecia reina del Adriático y dueña del comercio del Oriente en la época en que su pueblo y su dux, celebraban desde la gran plaza de San Marcos la histórica fiesta de sus desposorios con el mar.

La concurrencia á la exposición principia á ser proporcionada con la magnitud é importancia del espectáculo. Durante el mes de Junio el número de visitantes ascendió á 2 millones 400 mil. El 4 del mes en curso, aniversario de la independencia, visitaron el parque más de 300 mil personas, y todo promete que á contar de hoy en adelante no bajará de 3 millones al mes, y aun podrá llegar hasta 4 el total de la concurrencia, aun cuando falte como hasta aquí el elemento extranjero.

Y sin embargo este grande acontecimiento, tan propio como es para inspirar á poetas y oradores, no ha tenido hasta hoy y es probable que tampoco tenga en lo sucesivo, ni un himno que lo cante ni una voz que lo exponga y comente á la medida de su significación y de su trascendental importancia. ¿A qué debemos atribuir semejante falta? No seguramente ni á genial desapego de esta raza por las artes de la palabra ni á la consideración de que ellas están demás allí donde el hombre se muestra tan poderoso como elocuente en la acción. Los yankees lejos de ser reconcentrados y taciturnos, son por el contrario expansivos y verbosos, cual si descendieran exclusivamente de los antiguos galos, más bien que de los anglos sajones y teutones. Derrochan la palabra aun más que los hispano-americanos de la zona tórrida. Sus revistas hebdomadarias son verdaderos libros, sus diarios son revistas y la extensión de los artículos que ellos publican, particularmente en la edición del domingo, se mide no por columna sino por kilómetros. En la oratoria no son menos derrochadores y profusos. Hablan y aun peroran con cualquier motivo y en todas las ocasiones que les parecen propicias para el efecto. La única tribuna en que todavía no se prodigan es la tribuna fúnebre. En cambio cuando ocurre el caso de pronunciar una oración mortuoria 6 apologética de un muerto, esa oración es poco menos que interminable. Cuando en febrero de 1885 se inauguró la columna elevada á Washington, oímos un discurso que duró más de 4 horas. Entre sus oyentes espantados recordamos al conde de Fersen, ministro de Suecia que se escapaba del Capitolio prefiriendo según dijera helarse de frío más bien que de elocuencia. No hay banquetes sin muchos brindis como no hay debate parlamentario, ni reunión popular, ni junta de accionistas, ni club social 6 político sin numerosos discursos, ya de orden, ya improvisados. Sus actitudes y ademanes mientras hablan demuestran hasta qué punto el uso y el abuso de la palabra les son habituales y aun necesarios. Se pasean de un lado á otro hasta en las mismas cámaras y apo-

van su argumentación golpeando con el dorso de la mano derecha sobre la palma de la izquierda.

Amenudo se interrumpen en los cuerpos colgados y aun dialogan á sus anchas. No son pues extraños al uso de la palabra ni se gulan por el proverbio árabe, según el cual si la palabra es de plata el silencio es de oro. Y bajo este punto de vista son todos ellos monometalistas con el patrón del primero de aquellos metales, si pues su exposición no ha tenido hasta aquí ni un poeta, ni un orador, salvo el presidente Cleveland cuya palabra en el discurso de inauguración hubo de ser compendiosa y breve como lo pedían el acto y su carácter enteramente oficial y de ceremonia, la doble falta debe atribuirse á que el nivel de la poesía y de la elocuencia baja sensiblemente en este pueblo á medida que se eleva el de su poder industrial. Sus grandes poetas de otro tiempo han desaparecido uno en pos de otro. Longfellow, Bryant, Whitman, Whitteer, Lowell, ya no existen. Tampoco queda en pie ningún orador público que recuerde á los Clay, los Webster, los Calhoun, los Everett, los Doestas, etc. No hay quien pronuncie una oración de bienvenida como aquella con que fué recibido Lafayette, ni quien conmemore la batalla de Bunkers-Hill con la grandiosa elocuencia desplegada por Webster. El último de los oradores de esa talla fué Curtis, muerto hace pocos meses, pues Carlos Scurtz capaz de igualarlos es alemán por nacimiento, por educación y aun por las formas de su intelectualidad. Chancey Depuy que tanto habla sobre todo en los banquetes y de quien tanto hablan los periódicos, no pasa de ser un conversador por no decir un charlatán de barbería, desprovisto completamente de sentido moral sin el cual no hay verdadera elocuencia. Ygersoll con capacidades oratorias de primer orden, las malogra sin embargo por la tirria que profesa al cristianismo y su ciega admiración por la serenidad que supone absoluta de la antigua vida pagana aun en la época en que Sócrates y Platón, Oicerón y Virgilio sentían ya las generosas inquietudes de las nuevas ideas y alcanzaban á columbrar sus ideales.

Queda por averiguar si este amortiguamiento de la divina emoción y la consiguiente pobreza de las formas literarias, son sólo de este pueblo que por otra parte nunca se ha pagado gran cosa de sus progresos en la literatura y en el arte, ó si por el contrario son síntomas de un estado general que acusa ó un destinamiento ó una desviación en la marcha del espíritu humano. Las gentes ilustradas discuten en Inglaterra la misma cuestión, con motivo de haber quien crea que la literatura ha entrado allí también en un período de decadencia al parecer irremediable. Lo cierto es que este siglo que principió en medio del entusiasmo y de los prodigios que él engendra, terminará desprovisto de ideales, en pleno excepticismo y cuando por todas partes se secan las fuentes de una inspiración noble y elevada, por lo cual no es de extrañarse que ante esa magnífica sinopsis de la civilización material contemporánea y de lo que aun resta del arte, no se eleve otra voz que la de las crónicas vulgares ó la del negociante que pregona allí como en cualquier lonja los precios corrientes fijados por la oferta y la demanda.

No concluiremos estas líneas sin agregar que el día 5 aniversario de la independencia nacional de Venezuela, se inauguró formalmente la exposición de esta república en edificio propio y con una fiesta que fué presidida por todo el personal de la comisión. Dedicaremos á este acto y á los juicios de la prensa buena parte de nuestra subsiguiente crónica.

R. B.

PENSAMIENTOS

La conciencia es un gusano que roe los corazones blandos; pero no los endurecidos.

Esa mujer que ama tanto y tan románticamente á Pedro, habría hecho lo mismo con Juan, y también con Diego, si Diego hubiera llegado antes que Juan, ó Juan y Diego antes que Pedro.

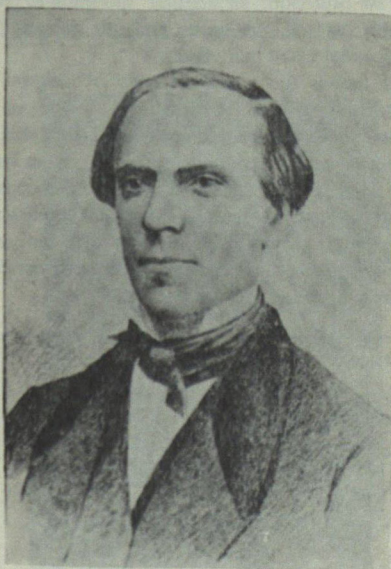
J. M. NUÑEZ DE CÁCERES

DOCTOR FELIPE LARRAZÁBAL

Engalanamos hoy EL COJO ILUSTRADO, con el retrato de este eminente ingenio nacional.

El DOCTOR LARRAZÁBAL, procede de una honorable y distinguida familia vizcaína, que á principios de este siglo levantó sus penates de Bilbao, y vino á fijar su tienda de viajeros, en este hermosísimo valle de Caracas.

Fueron sus padres el piloto español Don Juan Santos de Larrazábal y Doña Carmen de Sistiaga y Velancourt, personas de todo aprecio y estimación en la Colonia, en la época á que nos referimos.



FELIPE LARRAZÁBAL, nació en Caracas el 31 de julio de 1816.

El recuerdo de esta fecha basta para patentizar que aunque la familia Larrazábal amaba cordialmente el país, y había ya adquirido propiedades en él, el movimiento político separatista iniciado por los patriotas en 1810, la obligó á seguir las banderas de su Rey, y á ser objeto de las persecuciones de aquellos luctuosos días. Cuatro emigraciones sufrió la familia Larrazábal, desde 1814, hasta 1828, para Curazao y Puerto Rico; hasta que al fin, cansada de los inconvenientes de la vida antillana, dió por último la vela para Cádiz, al promediarse de aquel postrer año de gracia.

En aquella ciudad, sonrisa del Mediterráneo, irradiación magnífica del cielo andaluz, permaneció la familia Larrazábal dos años; dando tregua al batallar sin segundo, que no podía ser dudoso entre patriotas y peninsulares, entre el derecho y la fuerza conquistadora.

Es este el momento de dar la primera notación tanto política como patriótica del DOCTOR LARRAZÁBAL.

Para la época á que nos referimos, solo contaba 14 años; y tuvo que acompañar su señora madre á Madrid, para cierta reclamación de perjuicios que habían recibido en Venezuela.

Madre é hijo comparecieron ante el Ministro español; y el joven LARRAZÁBAL adelantándose gallardamente al Magistrado, puso en sus manos el manuscrito de sus derechos.

—Venís de lejos vosotros, le dijo el Ministro, pensado quizá de su diligente aptitud.

—De muy lejos, señor, repuso el joven, de los términos de la patria, que pronto será libre.

—De qué patria habláis!?

—De la América.

—Este es un loco, repuso el Ministro.....

La señora de Larrazábal fué despachada por ciertas influencias que tenía en la Corte Castellana; y en 1830, habiendo sabido no solamente que la guerra con España había ter-

minado, sino que Venezuela se había constituido en Estado soberano, libre é independiente, en la primera oportunidad se trasportó á sus costas para no abandonarlas más.

FELIPE LARRAZÁBAL, empezó á escribir en 1835 en *La Bandera Nacional*.

Desde esa fecha hasta 1873, que rindió la vida lastimosamente en un naufragio, yendo para Europa, LARRAZÁBAL no dejó de escribir en ningún periódico nacional, siempre sobre temas de importancia política, social, ó económica, así como en muchos de México, New-York, París, Burdeos.

El año de 1844 fundó y redactó *El Patriota*, periódico de combate, arma de partido, esgrimida con el mayor tino y habilidad posibles. Y es por eso quizá que su recuerdo sobrevive al cúmulo de los años transcurridos y á las tempestades de nuestro escenario político.

Desde 1844 el DOCTOR LARRAZÁBAL no dejó de tomar parte en los asuntos de la cosa pública hasta 1865 que, á todo redactor con lujo de doctrina *El Federalista*, se retiró á New-York á la publicación de su gran obra *la Vida de Bolívar*.

El DOCTOR LARRAZÁBAL fué Diputado al Congreso Nacional en 1849, por Caracas.

Gobernador de la Provincia del mismo nombre en 1853.

Juez de 1ª Instancia, Secretario de Hacienda, Director de Instrucción Pública, Ministro y Presidente de la Suprema Corte de Justicia, en el régimen central.

Ministro y Presidente de la Alta Corte Federal en este sistema.

Hombre en fin, de consulta, llano, afable, sabio, LARRAZÁBAL lo fué todo en la República, menos su Presidente.

No queremos dejar pasar una circunstancia que honra mucho al DOCTOR LARRAZÁBAL. En 1853, cuando regía él la Provincia agitábase la idea de emancipación de los esclavos. Catorce tenía él, heredados de sus mayores; pero tomó con tanto calor aquella idea redentora, tanto habló con sus amigos personales General José Gregorio Monagas y Ministro Simón Planas, que un día el General Monagas le dijo: "*Bueno, Doctor, redacte el Decreto.*" Y el DOCTOR LARRAZÁBAL volviéndose al señor José Gabriel Ochoa, que presente estaba le dijo: "*¡siéntese y escriba!*"

Y el inmortal Decreto se promulgó.

El DOCTOR LARRAZÁBAL fué amigo de todo lo que valió en Colombia y Venezuela. Páez, Soublette, Briceño Méndez, Mariño, Revenga, Silva, Narvarte, Urbaneja, Lander, García, Rendón, Bruzual, Echeandía. Pero lo que más lo señala como hombre de prendas nada comunes y muy señaladas, es que dos virtudes evangélicas de nuestro clero, lo amaban entrañablemente desde niño: los doctores José Alberto Espinosa y José Cecilio de Avila.

Dirigiase al Viejo Mundo á la publicación de la correspondencia del Libertador, constante de 8.725 cartas, así como de sus obras completas políticas, literarias, musicales y artísticas!

Constaba este tesoro literario de seis baúles que, en infausta hora, hundiéronse en el océano!!

El DOCTOR LARRAZÁBAL, cuya vasta ilustración pasmaba, era hombre ameno, fácil, eminentemente sociable.

Era una música su conversación.

Fué gran estadista y escritor, y escritor de gran talla, aun en aquellos días en que brillaban Juan Vicente González, Guzmán padre, Lander, Bruzual, Rojas, Espinal.

Por lo demás, era un artista en la acepción más lata de esta palabra, como ejecutante y como hombre de estética.

Qué frases melódicas las de aquel hombre! Qué gritos los de aquel sér, cuya alma gemebunda parecía preveer el fin trágico que le esperaba!

El Gobierno del Doctor Rojas Paúl decretó la colocación del retrato del DOCTOR LARRAZÁBAL en el Salón Elíptico del Palacio Federal, entre los Grandes de la Patria.

Fué este un acto de justicia porque el DOCTOR LARRAZÁBAL no es únicamente gloria de Venezuela, sino Americana.

DOCTOR ELIAS RODRIGUEZ

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Claro está que si EL COJO ILUSTRADO circula únicamente en esta capital, sería absolutamente innecesario acompañar de rasgo alguno biográfico el retrato del Dr. Elías Rodríguez, porque: cuál de los lectores de este periódico, cuál de los habitantes de Caracas que no conozca y respete y estime al insigne médico, cuya profunda ciencia corre parejas con la más natural modestia?

A cuál apartado rincón de la República no habrá llevado la Fama su ilustre nombre y el eco de sus brillantes triunfos?

Pero EL COJO ILUSTRADO tiene numerosos lectores, fuera de Venezuela y es á ellos á quienes desearíamos dar á conocer, algo de la fisonomía intelectual del Dr. Rodríguez.

Empeño difícil si tratáramos de profundizar, pero llana labor cuando sólo queremos repetir para los extraños lo que tan bien se saben los suyos.

El Dr. Rodríguez nació en Caracas, y fueron sus padres D. José María Rodríguez y la señora Doña Josefa López, y hoy tiene la edad que justamente representa en el retrato que encabeza estas líneas, el cual deja ver las simpatías de su rostro pero en manera alguna la extraordinaria viveza de su mirada dulce y penetrante á un tiempo mismo.

Elías Rodríguez es uno de esos hombres en quienes parece que la naturaleza se ha complacido en derramar á manos llenas sus envidiables dones, y uno de los muy pocos que puedan decir: *no soy lo que no quiero ser*.

Es médico, porque tal se le antojó. Pero lo mismo hubiera sido abogado ó poeta ó militar ó político.....ó lo que las circunstancias ó el capricho le hubieran dado á escoger. Y en cualquier ramo hubiera sido lo que en el suyo es: *crema de la crema*.

En el augusto ministerio que ejerce, para bien de la humanidad doliente, é inmarcesible gloria de su nombre, puede decirse que el acierto preside invariablemente sus veredictos.

Y si bien no le es dado en ocasiones derogar los decretos del destino, Elías Rodríguez aparece siempre en el hogar contristado como placentero nuncio de la esperanza.

Clama por él la desolada madre que espirante ve en el lecho del dolor al hijo de sus entrañas.

A él acude con la fe del creyente el atribulado esposo que ve cambiarse en azucenas las rosadas mejillas de la tierna esposa.

De él espera el movimiento el infeliz valetudinario; el voraz apetito el dispéptico, la alegría el hipocondriaco, la virilidad el extenuado, la prórroga de sus días el anciano que aterrorizado entrevé las fatídicas puertas del sepulcro; y todos creen que á su imperioso gesto queda en suspenso la descarnada mano de la muerte, y que de su vara mágica brotan á raudales los efluvios de la vida.

La verdad es que su vasto saber, su consumada pericia, y su indisputable *quid divinium* á las veces obran milagros y en raro caso no son parte á desviar siquiera sea momentáneamente el inexorable fallo de la suerte.

El Doctor Rodríguez tiene una constitución de acero. El trabajo no logra hacer mella en él, y su voluntad incontestable domina por completo las flaquezas de la materia. Jamás le hemos

oído hablar de cansancio; siempre le hemos hallado dispuesto á acudir allí donde el dolor reclama un alivio, donde la tristeza necesita un consuelo.

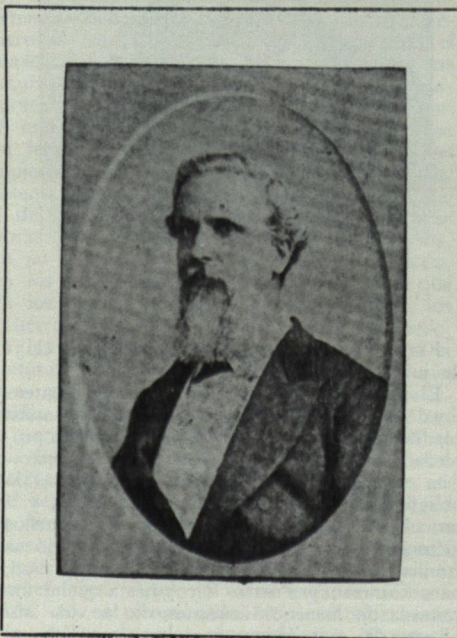
Y no obstante no pertenecerse un sólo instante, su actividad incomparable halla tiempo que dedicar al estudio de esa ciencia que es para él semillero de íntimas satisfacciones y brillantes triunfos.

Es el Dr. Rodríguez amante de las bellas letras en las cuales posee vastos conocimientos, que como muchos otros no saca á relucir ni aún en el seno de la más íntima amistad.

Profundo filósofo, conocedor y comentador de todos los sistemas; sabio esclarecido en Historia Natural; como en otros ramos relacionados ó no con su profesión, su singular modestia le da exhibir sus brillantes galas; mas que importa?

Esconda usted una violeta!

Ya hemos dicho que el Doctor Rodríguez no ha sido sino lo que no ha querido ser, y así no nos detendremos á enumerar la multitud de honrosos cargos científicos, etc., que en su larga vida pública ha desempeñado. Haremos constar solamente que no sabemos que jamás haya aceptado empleo alguno político, y que en este terreno son sus ideas las que cuadran al corazón de un patriota.



DR. ELÍAS RODRÍGUEZ

Actualmente es Rector de la Universidad Central de Venezuela, con singular aplauso del Claustro Universitario que en él se ve representado por una de sus más brillantes personalidades, y con la unánime satisfacción de la juventud estudiosa, que sabiendo es guiada por tan experto piloto, segura está de arribar á buen puerto.

Si la veneración que nos inspira el sabio; si el respetuoso cariño que profesamos al amigo hubieran sido parte á aguzar nuestro embotado ingenio y á atildar nuestra tosca pluma, en vez de tan breves y desaliñados apuntes, hubiéramos obsequiado á nuestros lectores con lo más primoroso de nuestra cosecha. Sólo hemos logrado probar una vez más que no siempre basta la voluntad.

En todo caso culpa sea de nuestro excelente amigo Herrera Irigoyen, que teniendo á la mano tanto roble haya querido ahorcarse de una verdolaga.

A. HERRERA TORO.

CARICIAS DE EOS

A ELENA

Habíamos salido de Maracaibo antes de amanecer con el propósito de realizar un paseo de campo. Compañía la comitiva cinco encantadoras jóvenes que cabalgaban en sus briosos corceles, y varios caballeros que les hacíamos compañía. El cielo estaba clarísimo y las estrellas brillaban con deslumbrante y tembloroso fulgor. Orión en el zenit ostentaba sus innumerables riquezas, y parecía presidir la augusta asamblea de aquellos espléndidos astros. Sirio despedía su magnífica irradiación cual si fuera un purísimo brillante, y Régulo, cerca del horizonte, semejaba un diamante más pequeño. Canopus y Aquernar al Sur á zafiros podían compararse, y Aldebarán y Polux semejaban lindísimos rubíes. Capella, Procyón y la polar eran como topacios, y Cástor brillaba cual preciosísima esmeralda. Las Pléyadas nos hacían recordar la toma de Troya; pues según Ovidio, una se ocultó á causa del dolor que le causara la pérdida de la ciudad de Príamo, y las Hiadas lucían en la frente del Toro. Algol, estrella maravillosa por sus cambios periódicos, despertaba el recuerdo de Andrómeda, libertada por Perseo á favor de la cabeza de Medusa, y Mira-Ceti en la Ballena, también periódica, hacía pensar en las metamorfosis perpetuas de la materia en el espacio. El lucero del alba, diosa de la belleza y de los encantos femeninos, anunciaba en el Oriente la próxima llegada del rey de los astros.

Ya fuera de la ciudad, y cuando estábamos en medio de una hermosa campiña, la Aurora entreabrió con sus dedos de rosa, las puertas doradas del Oriente, dejando pasar una pálida luz que aumentaba gradualmente, y apagaba poco á poco las estrellas. Esta débil claridad penetraba todos los objetos y les daba cierta apariencia vaporosa. A su favor, plantas y animales parecían visiones aéreas; y de aquellas jóvenes arrebatadas por las carreras de sus caballos, diríase que eran otras tantas Angélicas montadas en el hipógrifo de Astolfo, ó mejor, ángeles que venían á anunciar el principio de la espléndida fiesta de la luz.

Como entre los trópicos los crepúsculos son de corta duración, la claridad aumentaba con rapidez. Nubes y celajes se formaban en orden de batalla para saludar al magestuoso astro del día, cuando al levantarse de su lecho de oro, viniese á animar toda la naturaleza disfundiendo por doquiera calor, luz, vida y belleza. ¡Aquello era inaudito! Por el Occidente, millares de cirrus cual copos de blanquísima nieve el firmamento decoraban y subían hasta la bóveda. Hacia el Norte y hacia el Sur, bellísimos arboles de variados matices que pasaban del rosado al amarillo, hacían un hermoso contraste con el fondo azul del cielo. En el Oriente y cerca del horizonte, habíase condensado una nube de un violado oscuro ribeteada por franjas de fuego, y coronada por celajes que representaban á la imaginación extasiada sílfides con alas de oro, ó como la grana de rojos ó como la nácar de blancos. Esta nube estaba abierta en varios puntos, y por aquellos claros penetraban los rayos rubios y divergentes del sol, que ascendían hasta el zenit. Era la aurora de gloria que circunda al dios Helios, y que proclama con anticipación la llegada del soberano dispensador de la vida.

Algunos minutos habían transcurrido cuando de pronto, rásgase la nube como el velo del templo, y aparece en toda su majestad el radiante Apolo. «Magnífico espectáculo! El dios de la luz flamea. La atmósfera es repentinamente penetrada en sus regiones inmensas por los fuegos de su irradiación inagotable. Como antes, el habitante de las islas perfumadas del Peloponeso saludaba á Helios ó Febus-Apolo, y como hoy, el árabe del desierto saluda al radioso Chems, imagen del grande Alláh tres veces santo,» así la naturaleza entera manifiesta su alegría á la presencia del astro cuyos fecundantes efluvios animan á todos los seres terrestres. Las plantas se yerguen sobre sus tallos y abandonan al céfiro

que las acaricia los perfumes amados. Los coleópteros y lepidópteros besando una y otra flor se hacen los emisarios de sus amores. «Las aves cantan al astro del día su cántico matinal con su voz tan pura en el orden del sonido como la aurora en el orden de la luz.» En las habitaciones campestres, los animales domésticos entran gozosos en la actividad de un nuevo día; y la cabalgata alegre y animada, marcha con rapidez aspirando la dicha que le proporciona aquella especie de renacimiento

¡Cuán bella es la naturaleza! ¡Cuán grande el poder que despliega en cada una de sus obras! ¡Cuán inefable la dicha de que inunda á los que la aman! En ella nada hay pequeño, nada inútil, nada imperfecto, porque cada ser está constituido como para cumplir su destino. Cada manifestación de la vida universal evoca un mundo de ideas en la mente del filósofo. Como la primavera en el año, la mañana es en el día el instante del renovamiento y hace surgir en la inteligencia la idea de la inmortalidad. Después de la muerte aparente que llamamos sueño, el hombre resucita en la mañana para una nueva vida; ¿y quién puede asegurar que la muerte verdadera no es un sueño del que despertamos en regiones superiores? Las transformaciones sucesivas unen por una transición insensible la muerte á la vida. Tal así, la torpe y rastrera oruga se construye un sepulcro de seda, del cual ha de salir bajo la forma de insecto alado, destinado á hender el azul celeste, respirar la luz, alimentarse del néctar de las flores, vivir exclusivamente para el amor, y llevar en sus alas todas las maravillas del cielo.

Mas, á dónde voy? Pensaba escribir una composición ligera para una niña, y me he perdido en el laberinto de las elucubraciones filosóficas. Perdóname, Elena; que si la naturaleza toda al despuntar la aurora hubiera sido impotente para fascinar la imaginación y hacerla pasear por los campos de la poesía y de la filosofía, bastabas tú para inspirar al más frío y al más ininteligente de los mortales.

R. VILLAVICENCIO.

LA AURORA

A MI AMIGO PEDRO COLL FONT

Cuando apaga su luz la última estrella
En el vasto confin de los espacios,
Muestra la faz esplendorosa y bella
Con nimbos de rubíes y topacios.

Corona su cabeza inmaculada
Diadema de purísimos diamantes,
Su túnica de rosas recamada
Reverbera con fúlgidos cambiantes.

Trae en la diestra el hacho de fulgores
Del sol en las hogueras encendido,
Y en la siniestra las divinas flores
Que en los campos del cielo ha recogido.

El universo splende en alegría
Al despuntar en el lejano Oriente,
Ideal de la gaya poesía
De belleza y de luz faro luciente.

Abre la flor su cáliz perfumado
Y ostenta su guirnalda de rocío,
Y se junta el rumor del euro alado
Al manso murmurar del claro río.

En el recinto de la selva umbría
Los dorados insectos aletean,
Y con grata y acorde melodía
Las aves despertándose gorgcean.

¡Cuánta esperanza el corazón alienta
De Febo al renacer el alba pura,
Cuánta ilusión el pecho no alimenta
Cuánta felicidad y gloria augura!

Mas ay! cuánto laurel en flor trinchado,
Cuánta palma caída por el suelo,
Cuánto diamante en fango sepultado,
¿Cada aurora no ve que alumbró el cielo?

Caracas: julio de 1893.

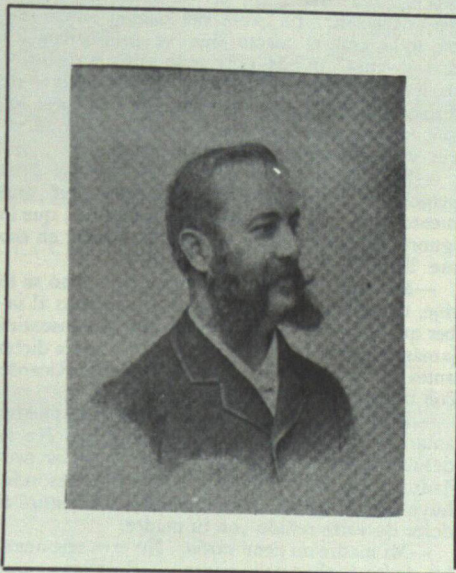
DOMINGO GARBÁN.

JUAN E. LINARES

Cumple hoy EL COJO ILUSTRADO un deber de justicia al publicar en sus columnas el retrato del señor J. E. LINARES.

Corta, pero de buena ley es la biografía de este caballero que, por sus virtudes cívicas y privadas ha sabido levantarse un altar en el corazón de sus conciudadanos, donde se oficiará siempre en su nombre recitándose las preces en el sagrado libro de la humana gratitud.

Vió la luz el señor LINARES en el vecino puerto de La Guaira, el año de 1847, siendo sus padres, el señor J. E. Linares, natural de Caracas, y la señora Carmen Espada, oriunda de Puerto Rico. Hizo sus estudios de primeras letras en el mismo lugar de su naci-



JUAN E. LINARES

miento, y comenzó su carrera comercial á la edad de 17 años. Mas luego vino á esta ciudad donde fundó las Panaderías Municipales que existieron durante el período presidencial del General Alcántara. Planteada ya esta industria el señor LINARES entró á figurar en el alto comercio de Caracas, estableciendo una casa de comisión, exportación de frutos y venta por mayor con sucursal en París, casa que ha prosperado y que es hoy de las que gozan de mayor crédito y confianza, debido todo ello á la contracción, inteligencia y honradez de su dueño.

Desde muy temprano ha obtenido el señor LINARES puestos importantes así públicos como privados. En La Guaira, muy joven aún, desempeñó con aplauso la Presidencia de la Sociedad *Mutuo Auxilio*; y ha ocupado sucesivamente el puesto de Presidente del Banco de Venezuela, Diputado al Congreso Nacional y últimamente ha sido electo Presidente del Concejo Municipal del Distrito Federal.

Demás está decir que el señor LINARES ha desempeñado con entera cabalidad todos estos destinos y que mereció siempre el justo aplauso del público.

Hombre progresista, el señor LINARES llevó á cabo en 1891 la construcción del *Pasaje del Mercado*, primera obra importante de su género en Caracas, y de iniciativa particular.

Como prosecución á ese trabajo de progreso, y en atención á un fin moral muy elevado, el señor LINARES acaba de emplear gran parte de su fortuna en la creación del *Hospital de Niños* que se inauguró el 23 del corriente mes, y de cuya instalación damos cuenta en otro lugar de la Revista.

Hombres como éste, que á sus dotes de perfecto caballero une las excelencias de un alma caritativa merecerá siempre bien de la Patria y de la Humanidad. Gocemos nosotros de la honra de ser los voceros de su bien conquistada gloria.

Caracas: 18 de Julio de 1893.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Estimado señor y amigo:

¿Será vano orgullo tener á gloria lo que levanta el carácter, el genio y el patriotismo del suelo nativo?

La Sociedad «Alegría», de la capital del Estado Falcón, acaba de dar un alto testimonio de sus nobles esfuerzos en la vía del progreso intelectual de aquella importante sección de la República, con la fundación de una biblioteca á la memoria del reverenciado Descubridor del Nuevo Mundo.

De «La Armonía Literaria», órgano de la Sociedad del mismo nombre, tomo como quien escogiera, depurando el gusto artístico, de rico cofre de preciosas joyas, una de las más delicadas producciones en verso, relativa al solemne acto de inauguración de la «Biblioteca Colombina»; y como deseo que tal acto tenga la mayor resonancia en la República y como el digno periódico de Ud. tiene extensa circulación en ella, la envío á Ud. con el encarecido ruego de que se sirva insertarla en sus columnas.

Son «La Alegría» y la «Armonía» dos hermanas que propenden á un mismo fin, inspiradas en el santo amor á la Patria, sin espíritu de mezquinas rivalidades, sin emulaciones que no tiendan á superarse en el designio del bien y merecer así la una de la otra el más cordial aplauso. Y si se piensa que estas sociedades obran al impulso de la enérgica iniciativa de la mujer, cuánto más espontáneo habrá de ser el encomio, cuánto mayor el grado de admiración y cuánto más noble el orgullo de los hijos ausentes, al ver cómo se levanta el espíritu, en la tierra nunca jamás olvidada, siempre querida, impelida por los más generosos ideales.

Reitero á Ud. las protestas de mi alta consideración.

J. R. PACHANO

MI OFRENDA

EN LA INAUGURACIÓN DE LA BIBLIOTHECA COLOMBINA
FUNDADA POR LA SOCIEDAD ALEGRÍA DE CORO

¡Plauso y vítor al osado
pensamiento, realizado
con tal gloria!

¡Plauso al noble pensamiento
que yá hicisteis monumento
de la Historia!

Es el libro luz y vida,
y á su influencia bendecida
se agiganta
pueblo activo de sus fueros
que del bien por los senderos
adelanta.

Y el que aquí se dignifica,
que esas sendas multiplica
con fervor,
coronado de alma lumbré
dominando está la cumbre
del honor.

Vítor, pues, hurra elocuente
En mi labio tiene ardiente
vuestro empeño;
que algo noble en mí se expande
y así se alza hasta lo grande
lo pequeño.

Mas, al daros esta prenda,
no es de mi alma sólo ofrenda
la voz mía:

¡es del grupo en que me encanto,
que responde al nombre santo
de ARMONÍA!

Él también, por las mejores
sendas patrias, huella flores
con su planta;
y las sendas centuplica;
también él se magnifica
y agiganta.

LA VIUDA DEL PESCADOR

NOVELA ORIGINAL POR EL DOCTOR ANIBAL DOMINICI

Conclusión

Él, en día ya lejano,
de igual celo, nunca vano,
dió tributo,
y al amor del patrio suelo
vive y medra por su celo
su Instituto.

Él también, cuando allí hacina
de la raza indo-latina,
rica y varia,
los primores de arte y ciencia
que la ilustran cual potencia
literaria,

muestras da, cual dáis ahora,
de que sabe que atesora
la elación
con que brillan hermanadas
las naciones engendradas
por Colón.

Y si es tal su sentimiento,
¿no es muy justo que su acento
fraternal
sueñe aquí, cual puro gaje,
como espléndido homenaje
sin igual?

¡Ah, no fuese tan mezquino
este labio, y dón divino
poseyera,
con que aun daros más valía
con la voz de la *Armonía*
por la esfera!

Mas si á fe no puedo tanto,
hoy revive al patrio encanto
seductor,
un recuerdo mi memoria
y os le traigo como gloria
la mejor.

Aquí estáis, en faz del mundo,
aquel Genio sin segundo
memorando,
que estas tierras, por millares,
como conchas, de los mares
fue sacando.

Y ese honor también rendía
nuestra Madre España un día,
de los buenos,
al que amplió sus horizontes
y le dió ríos y montes
de oro llenos.

De otra edad y aciaga estrella
á borrar iban la huella
sus loores;
y en lid sabia compitiendo,
el laúd fueron tafiendo
cien cantores.

¡Cuánta nota de dulzura!
cuánto ritmo á excelsa altura
vibraría,
de las Musas castellanas,
tan ardientes, tan lozanas,
á porfía!

¡Y qué dicha cual la nuestra
al saber que en la palestra
de esa lid
superó la americana
á la alta patria hispana
de Mío Cid!

¡Lauro insigne, prez notoria
con que esplenden en la Historia,
decir puedo,
por BARALT la tierra mía,
vuestra tierra por GARCÍA
DE QUEVEDO!

Fueron ellos los mejores,
los más dignos trovadores
de Colón;
y al cantar la augusta hazaña,
¡tú ensalzaste, Madre España;
su canción!

¡Qué dos glorias! Al murmullo
de esos nombres, santo orgullo
se levanta
de los pechos en que vibra
amor patrio con su fibra
sacrosanta!

¿Cuál memoria como ella
en ofrenda á vuestra bella
COLOMBINA?
Si la dulce tierra exalta
¿cuál más pura, cuál más alta,
cuál más fina?

Gaya flor del patriotismo,
en vosotros y en mí mismo
tuvo sér;
y no el tiempo la consume,
que le ha dado su perfume
la mujer.

¡Viva, pues, á honor del hombre
de uno y otro egregio nombre
por igual;
y que pasen no haya miedo
ni *García de Quevedo*
ni *Baralt*!

OCTAVIO HERNÁNDEZ.

Ricardo se alejó silencioso, irritado por la negativa de su madre, cuyo carácter inconstante conocía. Propúsose, sin embargo, esperar que el tiempo por ventura ó alguna circunstancia propicia modificase la inexorable aversión de Antonia por Manuela; y así transcurrieron hasta seis meses, durante los cuales ni ella ni él volvieron á hablar del asunto.

Los dos amantes se velan entretanto á menudo, pero en secreto. El amor de Ricardo crecía cada día más; el de Manuela rayaba en adoración. La gente del pueblo simpatizaba toda con el afecto que se profesaban los dos jóvenes. Quizás porque se sabía la desaprobación de Antonia, quien desde la muerte de Pablo era respetada, mas no querida en el lugar, á consecuencia del aislamiento en que vivía y la acerbidad de su carácter.

—Ricardo, le dijo una tarde Manuela á su prometido, tu madre sabrá en cualquier momento que nos amamos. Es imposible que lo ignore mucho tiempo, y de sólo pensar en eso me lleno de espanto.

—Mi madre lo sabe, Manuela; yo mismo se lo dije, como era mi deber. Se enojó conmigo al saber que te quería, y me previno que no consentiría jamás en que me una á ti..... No te lo había dicho antes por evitarte ese disgusto, respondió Ricardo con tristeza.

—Dios mío! Ricardo, ya ves que no puedes amarme!..... Tu madre te lo prohíbe. No la desobedecezas, repuso Manuela con los ojos prefijos de lágrimas. Déjame, no me busques más, huye de mí, moriré amándote, pero no sentiré el dolor de verte refugio con tu madre.

—Mi madre no tiene razón. No eres responsable de los hechos de tu padre..... Prohibirme que te ame es castigarme á mí, condenarme á ser desgraciado..... ¿Qué tiene que ver Juan Pelaez con mi amor? Ni tú ni yo hemos cometido ningún crimen en el mundo..... Te digo que mi madre no tiene razón, exclamó Ricardo con vehemencia.

—Aunque así fuese, Ricardo, es tu madre..... Jamás podré acostumbrarme á la idea de que la desobedecezas por mí. Créemelo, prefiero morir! Te amo sobre todas las cosas, pero le tengo miedo al odio de tu madre. Verá siempre en mí á la hija del que mató á tu padre, y nos maldecirá á los dos..... Mira, Ricardo, á mí me parece que cuando una madre maldice, Dios se pone de parte de ella, por injusta que sea la maldición, y castiga al hijo maldecido!.....

—No pienses en eso, Manuela; mi madre se enfadará al principio, eso es indudable. Hasta se negará á vernos algún tiempo. Pero, luego pasará poco á poco su ira, y cuando te trate y te conozca, como te conocen los demás, te amará como á la más querida de las hijas. Pierde cuidado.

—Antonia no se parece á las otras mujeres Ricardo. En el pueblo dicen que es incapaz de perdonar. Es tan tremenda!

—Te engañas, Manuela: mi madre tiene un gran corazón, y me ama mucho. Estoy cierto de que daría su vida por mí. Es fuerte, tremenda como tu dices, pero es justa. Lo verás.

Estos conceptos salían de los labios del joven, sin tener plena seguridad de lo que afirmaba. Eran más bien obra de su deseo ó de su esperanza, y con ellos se halagaba él mismo, sin pretender engañar á su amada, que los escuchaba dudosa, al propio tiempo que dominada por los sentimientos que imperaban en el corazón de Ricardo.

La pasión de ambos hubiera permanecido en aquel estado de dulces y castas entrevistas, fluctuando entre la esperanza y el terror, quién sabe hasta cuándo, sin decidirse Ricardo á dar los últimos pasos para santificar el amoroso vínculo que con Manuela lo unía, porque ésta hallaba siempre un motivo ó mejor dicho un pretexto para inducirlo á retardar el suspirado momento de su enlace, si un suceso inesperado no hubiese venido á precipitar la marcha de las cosas. Ma-

nuela vivía en la casa de la buena mujer que la había criado y educado como hija, y aconteció que la caritativa protectora murió casi de súbito, dejándola en el mayor desamparo, porque inmediatamente acudieron unos parientes y se apoderaron de los pocos bienes de la difunta, y Manuela quedó de la noche á la mañana en la calle, sin más perspectiva que irse para la villa vecina á colocarse como sirvienta, porque en la pobre aldea donde había nacido le era imposible ganar la subsistencia.

Ricardo resolvió, por tanto, casarse inmediatamente para hallarse en aptitud de proteger á su amada. Todos los habitantes del pueblo le ayudaron en el propósito de convencer á Manuela, quien se resistía obstinadamente al matrimonio, y le allanaron cuantas dificultades ocurrieron; por manera que cuando Ricardo se lo participó á Antonia, y le pidió su consentimiento era en verdad un asunto decidido.

—Tienes veintitres años, le contestó friamente la viuda, puedes disponer de tu persona. No necesitas de mi permiso, y en cuanto á mi aprobación sé demasiado que has prescindido de ella.

—Vengo á solicitarla de rodillas, le dijo Ricardo con voz trémula de emoción, prosternándose á los pies de su madre.

—Poco te importa que te la dé ó no, puesto que ya lo has preparado todo para casarte, como lo deseas.

—Manuela ha quedado en la calle, y debo protegerla, madre mía, agregó el joven, bajando la cabeza para ocultar el llanto.

—El primero de los deberes de un hijo es obedecer á su madre!

—Madre, tenga usted piedad de esa infeliz!..... Mañana será para usted una hija!.....

—No puede ser hija mía la que lo es del que mató á mi marido.

—¿Qué culpa tiene ella de ese crimen?

—Ricardo, no hablemos más de eso. Entre tu madre y esa muchacha has escogido á ésta. Sea! Que Dios te juzgue!

Y Antonia le dió la espalda, y se alejó impasible, sin derramar una lágrima, ni demostrar la menor impresión, dejando á su hijo arrodillado en medio del cuarto, por más que rogó y lloró.

Transcurrido el tiempo absolutamente necesario, se casó Ricardo, y vino en compañía de su esposa á la habitación de su madre con la esperanza de obtener la bendición de ella, postrándose á sus pies junto con Manuela; pero Antonia había abandonado la casa en que vivía con Ricardo y había ido á refugiarse en la choza donde la hemos visto encerrada; choza antes inhabitada que ocupó desde entonces, á pesar de los ruegos de Ricardo y de varios amigos, que hicieron todos los esfuerzos imaginables para que volviera á la casa, sin temor de ser molestada por nadie, pues Ricardo habitaba otra distante.

El siguiente día del matrimonio de su hijo sacó la batea con que había trabajado en otro tiempo, y se puso de nuevo á comprar y vender pescado para mantenerse. No quiso deberle nada á Ricardo, que, según decía ella, había muerto. Todos los días subía, sin embargo, el pobre joven al cerro, donde se hallaba la choza, y ponía en el quicio de la puerta el mejor de los peces que había cogido y una parte del dinero que le había producido la venta. Antonia venía después, y arrojaba al mar el pescado y los reales que le destinaba Ricardo.

Así pasaron dos años. Ricardo y Manuela tuvieron el primer hijo, y fueron á presentárselo á Antonia, que no los recibió.

Cuando Ricardo encontraba en la calle á su madre, se quitaba el sombrero, bajaba la cabeza, se arrodillaba y le pedía la bendición..... Antonia pasaba sin verlo, como si no lo había conocido jamás.

Ese rencor inexorable de la viuda de Pablo irritaba á todo el mundo en el pueblo. En pocos meses se había envejecido de tal modo, que representaba más de setenta años, cuando apenas contaba cincuenta. El cabello enteramente blanco, la cara llena de arrugas, mal vestida, mal calzada, impasible, taciturna, fuerte, derecha como un soldado que cumple automáticamente su consigna, sin saber lo que ocurre junto á él, sin ocuparse en averiguarlo; tal era el terrible aspecto que ofrecía diariamente

esta desgraciada á los ojos de los que la veían ir y venir cargada con su batea llena de pescado. Muchos la juzgaban loca.

Ese proceder de su madre emponzoñaba la existencia de Ricardo. Para ser completamente feliz no necesitaba sino el perdón de ella, pues Manuela era para él un tesoro de gracias y virtudes. Poseía la fortaleza suficiente para disimular su dolor, á fin de no apesasar á su mujer, por quien fingía que abrigaba siempre la esperanza de que Antonia depondría no muy tarde su enojo, y les abriría al fin los brazos como madre.

Manuela aparentaba que lo creía para distraer y confortar á Ricardo, cuya profunda pena adivinaba. Pero, ambos sabían que se engañaban voluntariamente, y por eso vivían atormentados, llenando la obligación que en secreto se habían impuesto de sufrir y callar lo que padecían.

Dios les dió otro hijo, y se lo llevaron también á Antonia, que los rechazó como la vez primera, sin verlos ni oírlos. Cinco años transcurridos, dos nietos venidos al mundo, la felicidad de todos aquellos seres, el aislamiento, la miseria, el dolor, las lágrimas, las súplicas incesantes, la desaprobación general, la vejez que se acercaba con su pavorosa soledad, la proximidad de la muerte que parecía expiar el momento oportuno de caer sobre una existencia agotada ya por el trabajo y la pena, el temor de Dios que guarda en el fondo del arca sagrada de su justicia el tesoro inagotable de las eternas misericordias; nada, nada había sido poderoso á quebrantar el inaudito rigor de esta mujer singular, que se había colocado ella misma fuera de las leyes de la humanidad y por encima de los preceptos divinos !.....

Hé aquí la situación en que se hallaban Antonia, Ricardo y Manuela, cuando ese desventurado mancebo luchaba en la mayor desesperación contra las olas, que amenazaban tragarse la barca en que había salido á pescar.

Manuela había permanecido desde medio-

día en la puerta de su casa, buscando con la vista la *Paloma* en el horizonte: la había divisado al cabo presa del temporal, y entonces llena de angustia, loca de espanto, había corrido con sus dos hijos á implorar el perdón de Antonia, firmemente convencida de que si la madre bendecía al hijo en aquel supremo peligro, Dios lo salvaría de la muerte que lo perseguía tan de cerca.

V

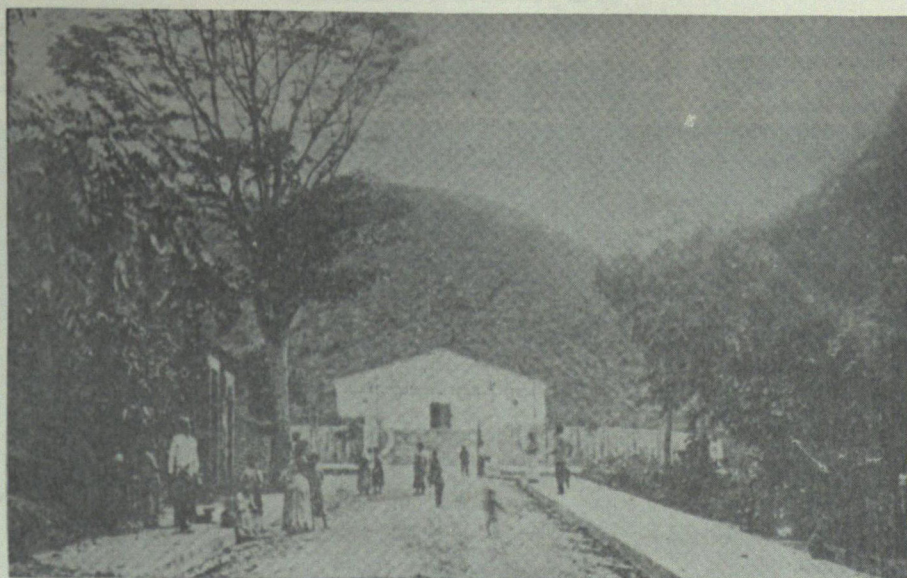
Pero, la implacable mujer no se movía del lugar en que estaba sentada, ni manifestaba interés alguno por lo que acontecía.

Todo su pensamiento se había concentrado, sin embargo, desde que comenzó la tormenta en el peligro que Ricardo corría, y lo veía con los ojos del alma en una especie de alucinación, de la cual se hallaba de tal modo poseída que había perdido la conciencia de todo lo que pasaba á su alrededor.

Cansada de llorar y suplicar estérilmente, Manuela se apartó de la cabaña, y bajó á la playa á buscar consuelo entre los que allí se encontraban. Cuando se acercó á ellos comprendió que no había esperanza de salvación para Ricardo. La mayor parte de los circunstantes eran marinos y pescadores, y podían apreciar sin duda el peligro.

La *Paloma* estaba ya á pocos cables de la bahía, pero las probabilidades de perderse por eso mismo aumentaban.

El viento había arreciado hasta tomar la intensidad del huracán, las olas se levantaban como escarpadas montañas, se veía desde tierra á Ricardo y sus compañeros que hacían nerviosos y como enloquecidos los últimos esfuerzos para defender la existencia. Su plan era venir á vararse en la playa, pero corrían el inminente peligro de que el mar los estrellase antes contra una cadena de piedras ahogadas que reducían por barlovento y sotavento la entrada del fondeadero; entrada que era por todos modos difícil aun con tiempo bonancible; y entonces sí que era seguro el naufragio



LA CAJA DE AGUA—VALENCIA (VENEZUELA)



BOTES EN LA LAGUNA DE VALENCIA—(VENEZUELA)



CALLE DE LA MARINA—MARACAIBO (VENEZUELA)

y hasta probable la muerte, porque aquellos arrecifes eran agudos y cortantes como barricadas erizadas de acero.

Si se sostenían fuera, las olas habían de acabar al fin con sepulcros, y si se dejaban correr costaba abajar tendrían seguramente el mismo resultado; porque no había refugio en muchas leguas, y era imposible prolongar por más tiempo aquel combate formidable, en el cual ni la nave, ni los tripulantes eran ya poderosos á resistir.

La angustia crecía en los espectadores: las mujeres segulan rezando en alta voz, las campanas del templo tocaban rogativas, implorando el socorro del Altísimo, y la barca avanzaba rápidamente hacia la bahía entre golpes y tumbos tan violentos, que maravillaba no verla desaparecer de una vez entre las ondas enfurecidas.

En la playa no se escuchaba sino la voz estentórea del mar, que clamaba y repercutía con breves intervalos, ya como el estampido de un cañón lejano que disparaba de momento en momento á la manera de una señal de alarma en las soledades del océano; ya semejante á los bramidos de fieras, bramidos que aumentaban y disminuían con pavorosa resonancia, aterrando á los que oían.

El cielo estaba por todas partes oscuro, y aunque no eran más que las cinco de la tarde, parecía que el sol se había ocultado ya debajo del horizonte para no presenciar el siniestro espectáculo.

Manuela estaba allí con sus hijos, metida hasta las rodillas en el agua: no hablaba, no lloraba, no rezaba como las demás mujeres: tendía los brazos hacia Ricardo como si quisiera volar á morir con él! Los hombres tenían que retirarla de las olas para que no se ahogase.....

La lancha se puso un rato después frente á la bahía y pretendió entrar. Era imposible! Para eso era necesario dar el costado á la marejada, que la perseguía por la popa, y en esa maniobra sería inevitablemente volcada.

Muchos pescadores gritaron desde tierra á Ricardo: unos le animaban con decisión á virar; otros le aconsejaban que desistiera de tal empeño. El valeroso joven intentó, sin embargo, entrar, y giró cuanto pudo la barra del timón, apoyándose en ella con todo el cuerpo. Los marineros ayudaron enérgicamente el movimiento con los remos, los cuales se cimbraron como si fuesen á romperse en mil pedazos. Pero, por más que hicieron todos, convencidos de que era el único medio de salvarse en aquel instante, no pudieron sostenerse en la desesperada posición en que los colocaba la necesidad. Una ola terrible, inmensa, colosal descargó sobre la borda derecha de la nave, le arrancó el timón, le deshizo parte de la obra muerta, desarmó los remos, hizo caer á dos marineros unos contra otros que la defendían y arrebató la barca hacia abajo, en una especie de remolino en el cual los bogas y los remos eran enteramente inútiles.

En semejante dirección no la aguardaba sino un choque mortal contra los peñascos medio ahogados en sotavento, más peligrosos que los que habían dejado atrás después de la frustrada maniobra.

Por encima de esos escollos se descubría el promontorio, en donde se hallaba el rancho de Antonia. La barca apenas distaba ya un cable del punto fatal. Ricardo se levantó un momento sobre la popa, y tendió los brazos hacia el lugar en que suponía que debía estar su madre. Le pedía perdón!.....

La Paloma siguió, siguió arrastrada por la corriente, y fué á estrellarse contra las piedras..... En ese momento se vió á Antonia que salió corriendo de la choza, bajó, pasando entre los riscos, como un fantasma, se arrojó al mar, luchó con las olas y sacó sobre sus hombros á Ricardo. Luego nadó desesperada hasta llegar á una de las cavidades que las rocas guardaban secas, y lo depositó allí.

Estaba muerto! Lo besó en la frente, y cayó á su lado sin vida!.....

30 enero 1892.

HOJAS SUELTAS

(PARA "EL COJO ILUSTRADO.")

Sumario.—Excusa.—Domingo Ramón Hernández.—A la Patria.—Desalio y desalio.—El mayor delito.—Cosas corrientes.—A la mode de Paris.—Fiestas de la Caridad.—Aveledo y Linares.—La música.

Caracas: 31 de julio de 1893.

Comprometido hace algún tiempo con mi estimado amigo el señor Jesús María Herrera Irigoyen á escribir para EL COJO ILUSTRADO algo así como una Revista quincenal ó mensual, he faltado á mi palabra, y lo confieso; pero declarando al propio tiempo, que me excusan dos poderosas razones: la de saber que el ilustrado periódico cuenta, para tan honrosa tarea, con la galana y fácil pluma del joven escritor, poeta y artista Eugenio Méndez Mendoza, no menos estimado amigo mío; y la de haber hecho la resolución, acá para mis adentros, de *archivarme* completamente en cuanto con achaques literarios se relaciona.

¿Qué estímulo hay aquí para las letras?

¿Qué se saca de estar metido entre los libros?

Decirlo puede, oh! nuestro dulcísimo poeta Domingo Ramón Hernández, ese rico paupérrimo que vaga errante por ahí entre sombras, y que, después de haber llenado con los esplendores de su nimen el alcázar de las glorias patrias, busca un rayo de amor para su espíritu, como busca un rayo de luz para sus ojos!...

Miradle, con la cabeza pensadora inclinada hacia el suelo, muerta la mirada y el semblante rebozando ternísima melancolía; miradle como va, á tientas, repitiendo:

"Yo, en el vacío de existencia oscura,
Nada he encontrado, nada!"

Fíjate en él, oh Patria! y vé si puedes hacer que tu beso protector reanime esa alma y vuelva á ese agobiado corazón los latidos que tanto y tanto te ha consagrado.

A pesar de los desengaños, vayan estas cuartillas á las columnas de EL COJO ILUSTRADO, ya que el amigo Herrera ha insistido en que debo escribirlas y enviárselas.

Y no se me culpe por el desalio con que ellas se presentan, no otro que el desalio de una vida de incesantes angustias, de íntimos pesares, que más de una vez me han hecho pensar, como al Segismundo de Calderón

"... que el delito mayor
Del hombre, es haber nacido."

—Lo más corriente en estos días es el incesante llover; pero no falta quienes opinan que ese continuo llorar de las nubes es testimonio de la intensa pesadumbre que éstas sienten por la sed, con que la Compañía de Aguas acosa á los habitantes de Santiago de León de Caracas.

Esto, al menos, prueba que siquiera las nubes se conducen de nosotros.

—Otra cosa corriente tenemos también, sin embargo de que no corre, ni siquiera... anda: y es la existencia de esos relojes plantados en varios puntos de la ciudad y que, por obra y gracia de un contrasentido muy *criollo*, han dado en llamar *eléctricos*.

Ellos se han dicho, como las solteronas al llegar á cierta edad: "de aquí no pasamos;" resultando, en consecuencia, que colocados para uniformar la hora en la población, tal uniformidad es ni más ni menos que la de los trajes de los cocheros.

—Cosa corriente, asimismo, es el *hermoso* espectáculo con que se regala á nuestras familias en las serenas tardes: el paseo de ciertas y ya numerosas *damas* en lánneau, calesas, victorias y otros vehículos.

Pero á esto nada objeto, porque es una prueba fehaciente de que nos vamos poniendo *à la mode de Paris*.

¿Et á qui la faute?

Con dos magníficas festividades ha sido últimamente enaltecida la Caridad entre nosotros; el 23, la de inauguración del Hospital de Niños, erigido al Este de Caracas; y el 24, fecha del natalicio de Bolívar y día de San Vicente de Paúl, la de los premios á los pequeñuelos del Asilo de Huérfanos, situado, como se sabe, al Norte de la ciudad.

—Al primero de dichos actos, que fué apadrinado por el señor General Joaquín Crespo y su digna consorte, asistió un escogido concurso de damas y caballeros para quienes fueron motivos de júbilos y aplausos las bellezas y comodidades del edificio, la altura de los fines á que está destinado y los encantos con que la inauguración se realizó.

Ofició el Ilustrísimo señor Arzobispo; una brillante orquesta, dirigida por el Maestro Federico S. Villena, ejecutó entre otras piezas, un Himno á la Caridad, letra del que estas líneas escribe y música del nombrado profesor; el señor Domingo Garbán leyó entre palmadas una galana poesía, nueva joya de su diadema artística; y cerró la fiesta el señor Doctor José Núñez de Cáceres, orador de orden, con un discurso en que campean el talento sutil, la vasta erudición, la atildada locución y el amor á la virtud, que son prendas positivamente poseídas por aquel eminente sabio venezolano, cuya obra fué ruidosamente celebrada.

En el salón de recibo del Hospital había un libro donde el que tenía á bien hacerlo estampaba su firma, precedida ó no de algún pensamiento alusivo al acto.

Allí, á excitación de mi honorable amigo el señor Agustín Valarino, escribí las líneas siguientes:

¡ Benditos sean los niños ! ¡ Benditos sean los que los amparan !

—A la festividad del Asilo de Huérfanos no pude asistir; pero ella fué, de seguro, un nuevo triunfo de la Virtud Excelsa, un nuevo honor para Caracas y una gloria más para Aveledo, el padre de aquellos ángeles que la mayor de las desgracias sumergió en el abandono y la desolación.

Para él y para Linares, los plácemes más sinceros de mi corazón.

Para concluir por hoy, vaya un soneto de mi cercado:

LA MUSICA

En el verjel de la Esperanza un día
Se hallaron dos espíritus del Cielo:
El ángel del amor y el que, en su vuelo,
Ángel de la virtud, lleva alegría.

Y dijo aquél:—Yo soy todo ambrosía.

Y dijo éste:—Yo soy todo consuelo...

—Yo sacio de los tristes el anhelo.

—Yo calmo de los tristes la agonía.

Y unieron sus labios; y, cual brota

Ternísimo suspiro en lo profundo

De aquellas almas que el dolor azota,

Brotó un beso sublime, sin segundo,

Beso divino: la primera nota,

Origen de la Música en el mundo.

DOMINGO ALAS.

NUESTROS GRABADOS

Jaime

Tema siempre simpático el de los lobos marinos recitando á la asombrada chiquillería el relato de sus viajes y naufragios. El ilustre Kaulbach ha diseñado de mano maestra este argumento, como puede verse en la reproducción que hoy hacemos.

Doctor Felipe Larrazábal

Un colaborador amigo nuestro ha tenido la bondad de obsequiarnos con los datos que publicamos en otra columna del periódico, y que dan clara idea de los talentos y virtudes de quien fué buen patricio, historiador de nuestro Libertador y amantísimo de las glorias venezolanas.

Doctor Elias Rodriguez

Herrera Toro, que no ignora un solo secreto del arte de la pintura, maneja con la misma facilidad que sus pinceles la pluma del biógrafo. Hoy nos regala con los datos referentes á este médico venezolano, que por su ciencia y talento está á la vanguardia de nuestros galenos. No habrá un solo lector de EL COJO ILUSTRADO, que al ver reproducidas las facciones del Doctor Rodríguez, no sienta como nosotros respeto por el hombre y admiración por sus triunfos médicos.

Juan E. Linares

Acerca de este filántropo venezolano se ocupa EL COJO ILUSTRADO en otra sección. A ella remitimos al lector.

Botes en la Laguna—[Valencia]

No sólo para que la cantasen los poetas y para que los pescadores y agricultores aprovecharan sus ventajosas materiales, dotó la naturaleza á Carabobo de su espléndida y poética laguna. Contémplesse en el grabado cuán pintoresco, higiénico y recreativo es un paseo en botes. Algo daríamos por formar parte de los de la regata.

La Caja de Agua—[Valencia]

Es uno de los edificios de que justamente se enorgullecen los valencianos, pues reúne á la belleza del sitio en que está edificado, la inapreciable ventaja de estar cubierto todo el estancque de depósito. Nosotros no hemos alcanzado aún ese beneficio!



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESUS.—Por G. Doré

Calle de la Marina—[Maracaibo]

El grabado que reproducimos hoy viene á aumentar el número de las variadas vistas que venimos publicando de esa importante sección de la República. Damos las gracias á las personas que nos favorecen enviándonos fotografías de sitios pintorescos de Venezuela, con que habremos de engalanar EL COJO ILUSTRADO.

Río Anauco

La perenne verdura que ostenta todo lo que á orillas de este río se encuentra; la frescura del agua que desde la nevada cumbre del Ávila, viene pagándole su tributo; la fertilidad de que disfrutan las vegas que á sus márgenes se hallan; lo majestuoso de sus árboles, y las ventajas que nos brinda, justifican la reproducción que hacemos.

Mercado de San Pablo

Aunque no llena aún por completo las necesidades para que fué construido, es uno de los edificios modernos ligeros, levantado sobre lo que fué antes río Caroata y es hoy extensa y cómoda plaza.

La Virgen y el niño Jesús

Esta es obra del célebre ilustrador de la Santa Biblia y prueba de que el elemento cristiano, ha servido y servirá siempre para realizar estéticamente obras artísticas. Pertenecen á la colección de obras religiosas que tenemos en cartera y que iremos reproduciendo en lo sucesivo.

Hospital de Niños Pobres

La inauguración de esta obra filantrópica es la crónica de la semana. Publica EL COJO ILUSTRADO varias vistas del edificio y entre ellas una copia de la Clínica de los médicos que trabajan en el Hospital. Son estos los señores: Doctores R. Avelado Urbaneja y Jesús María Palacios; farmacéuta, señor Antonio Zamora González; dentista, señor Alejandro Betancourt Yepes; practicantes, señores Francisco Carreño, Luis Céspedes y Gregorio Palacios.

Hay que convenir en que los que ejercen entre nosotros la ciencia médica, poseen muchas y grandes virtudes. Siempre hay profesores que con desinterés y contracción se dedican á practicar el bien por el bien. Los esfuerzos de estos jóvenes, unidos á los de dos hermanas de la Caridad que se han hecho allí notables por su contracción y celo, prestarán, á no dudarlo, importantes servicios á los pobres niños enfermos que acuden al instituto.

PARA EL ÁLBUM
DE LA

SEÑORITA ISABEL VELUTINI

I

Apretadillo es el caso
De hacer, de pronto, unos versos:
Van á salir tan perversos
Que avergüencen al Parnaso.

Mas si tu álbum reclama
Unos versos del amigo,
A escribir ciento me obligo
En homenaje á la dama.

A la dama ó á la niña!
Es lo mismo, pues las dos
Son los ángeles de Dios
En la universal campaña.

Dispuesto estoy á escribir
Pues abundo en voluntad;
Pero, á decir la verdad,
No me ocurre qué decir.

II

Hablarte de la belleza
De tu faz, y del primor
De tu cuello, y del color
De tus labios.... ¡qué simpleza!

Llamar aljofares bellos
O nácar, tu dentadura,
Y á más, por añadidura,
Oro en hebras, tus cabellos;

Decir que tus ojos son
(A estilo de los poetas)
Soles que lanzan zaetas
Que hieren el corazón;

Hablarte—ya no me toca—
De cuanto tu rostro inspira,
Y del carmín que se admira
En el clavel de tu boca;

Decir que es linda tu mano
Y diminuto tu pié;
Que tienes un *no sé qué*,
Que aturde á cualquier cristiano;

Que tu voz es melodía,
Dulce canto de las aves....
Sabido que tú lo sabes,
Decirlo es majadería.

Y ¿cómo puedo ¡por Cristo!
Hablar de tu pie pequeño,
Ni meterme en el empeño
De alabarlos?—No lo he visto!

Que lo diga, enhorabuena,
El joven de negro bozo!
Puede cuadrarle eso á un mozo
Que en lides de amor se estrena.

La lisonja no me cuadra,
Y á mí me pone perplejo,
Porque dicen que soy viejo,
Y al viejo, el perro le ladra.

Lo dicen, y yo lo siento,
Porque no dicen verdad.
¿Viejo yo?..... ¿Cuál es mi edad?.....
¿Mi edad?—La que represento!

Yo te digo—acá entre nos—
Que no llevo exacta cuenta
De mi edad.... cumplí.... cuarenta,
Hace tiempo.... ¡vive Dios!

Pero no cedo la palma
En cuanto á quererte, niña,
Que mi alma se encariña
Con la bondad de tu alma.

Y es natural que te quiera
Como se quieren las flores,
Cual se admiran los primores
De la alegre primavera.

Pero.... tras tantas estrofas,
En tu obsequio nada he dicho:
Cuartetas son de capricho,
Simples, desabridas, fofas.

III

Mira! No hablemos de tí,
Que hablar no sé de lo inmenso:
Oye, Isabelita! Pienso
Que es mejor hablar de mí.

No estará bien, en rigor;
Mas yo hago lo que quiero,
Que siempre tuve yo el *pero*
De ser cual soy, y.... peor.

Y de mí, decir ¿qué puedo?
¿Que te quiero mucho, mucho?
¿Que yo con la suerte lucho
Y la suerte me da miedo?

No me hago tal reproche,
Que no temo al hado adusto,
Y nada me causa susto
Ni de día, ni de noche.

¿Miedo yo á la suerte mía?
Tengo corazón, y digo
Que Dios es mi buen amigo
Y me da.... solo alegría.

Me da todo cuanto quiero,
Me da salud.... algo escasa,
Y felicidad sin tasa....
Y todo.... menos dinero.

Me da todo: no me sisa
Sus dones.... mucho le debo....
Y me da la que yo llevo,
Indescifrable sonrisa.

Mas me hizo grave daño,
Tal vez sin resuelto empeño.
Sí! Me formó muy pequeño,
No quiso darme tamaño.

Y por eso—es la verdad—
Cada año, cada mes,
Todo me sale al revés!
Jesús! Qué contrariedad!

Mira tú! Si acaso aspiro
A conseguir.... cualquier cosa!
La suerte, que es caprichosa,
Me mata, de un sólo tiro.

Y si tuviera el deseo
De emplearme.... en el Registro,
Daría con un Ministro
Que me negara el empleo.

Ilusión es la esperanza,
Y yo ilusiones no abrigo,
Aunque tengo por amigo
Al Ministro de Finanzas.

Ah! la esperanza ¿qué es,
Sino sonrosada nube
Que á impulso del aura sube
Y se evapora después?

Todo me ha sido contrario
Desde qué nací.... ¿Nacer?
Lo peor que pude hacer,
Siendo la vida un calvario.

Negro es todo en torno mío,
Negra la espléndida Flora,
Negra la luz de la aurora,
Negro el trémulo rocío;

Negra también la esperanza,
Si para los otros, verde!
¿Ladra un perro? ¡A mí me muerde!
¿Suenan un tiro? ¡A mí me alcanza!

Y soy en todo y por todo,
Siempre, siempre, tan fatal,
Que me juzgan *liberal*
Siendo yo tamaño *godo*!

Y una vez, ¡suerte inclemente!
Me salieron, ¡negro antojo!
Un corrimiento en un ojo,
Dos orzuelos en un diente!

Y así, como hombre burlado
Por la mujer ó la novia,
Me siento con hidrofobia
Y me siento.... endemoniado.

Tengo el calor de la Arabia
Que inflama mi sangre toda,
Y digo: O mi sangre es *goda*
O yo tengo.... mal de rabia.

Entonces, casi sin tino,
Hecho mi cuerpo una fragua,
Como prueba, pido agua,
Y me la tomo.... con vino.

IV

Y ¿á qué fin, como un tunante
Que solo desdén inspira,
Te digo tanta mentira
En fuerza del consonante?

Yo soy muy rico, Isabel,
Y nada falta á mi anhelo,
Y no hallaré ni en el cielo,
La de aquí, sabrosa miel.

Yo tengo un bien verdadero,
Mi riqueza, mi tesoro;
Vale más que todo el oro
Que produce el mundo entero.

V

El solo bien positivo
Que he llegado á poseer,
Es la mujer con quien vivo,
Quiero decir, mi mujer.

Felices, sin que lo estorbe
Jamás el hado perverso,
Ella y yo somos el orbe,
Y yo y ella, el universo.

Es Trina mi buena estrella;
Mas ignoro—y no lo digo—
Si yo me casé con ella
O ella se casó conmigo.

VI

Habrás hallado enojosa
Tanta estúpida sandez;
Paciencia, que la vejez
Siempre ha sido fastidiosa.

Demos fin, que el cuento es largo!
Basta de cuartetas cojas!
¿Les hallas sabor amargo?
Pues bien, arranca estas hojas!

J. J. BRECA.



HOSPITAL DE NIÑOS — Vista tomada en el acto de la bendición

EL HOSPITAL LINARES

Y SU INAUGURACIÓN

La mayor y más lucida parte de la sociedad caraqueña habíase dado cita el 23 del pasado julio para asistir á la inauguración y bendición episcopal del HOSPITAL PARA NIÑOS fundado por el señor J. E. Linares; y así, contemplábamnos desde las 8½ a. m. de ese día llena de coches y viandantes la Avenida Sur, dirigiéndose unos y otros al edificio benéfico.

Como pueden ver los lectores de EL COJO ILUSTRADO en uno de sus números anteriores donde se halla publicado un cliché del Hospital, esta obra pía presenta á los ojos del espectador una bella perspectiva al destacarse de entre las cuatro calles que lo circundan. Después del vestibulo, al que se asciende por una bella gradería, se penetra en las salas de administración, de farmacia y de instrumentos quirúrgicos. Sigue á éstas un espacioso patio el que, junto con las dos series de ventanales de las enfermerías situadas á los lados este y oeste de dicho patio establecen una corriente de aire que ha de renovar y purificar la atmósfera de las salas para enfermos; condición higiénica esta de absoluta urgencia en institutos de este género y en climas como lo es el nuestro. En la parte norte del patio existe un oratorio, un comedor y otras salas secundarias, coronando todo esto una azotea de la cual se goza el delicioso panorama de las campiñas adyacentes.

Termina el edificio por su parte norte con un jardín, que será parque en lo futuro, y naturalmente apropiado para pasear los convalescientes del Hospital. A la derecha del Hospital, y fuera

de su recinto central, se nos asegura que el señor Linares terminará la construcción de una *Casa de Salud*, al estilo europeo, donde puedan acudir aquellas personas que, sin familia en la ciudad, y con dinero suficiente para pagarse una existencia médica de primer orden, quieran acudir á ella en busca de atenciones y salud.

Al hacer esta ligera reseña del edificio, es de justicia proclamar, junto al nombre del filántropo capitalista señor Linares, el del insigne altruista Dr. Agustín Aveledo, ingeniero encargado de la construcción del edificio, quien ha empleado con generosidad toda su ciencia y robado á sus excesivas ocupaciones diarias el tiempo necesario para dar remate á tan acabada obra.

*

Daban las 9½ de la mañana de ese día cuando los acordes del Himno Nacional anunciaban á la concurrencia la entrada al recinto, del señor General Crespo, Jefe del Poder Ejecutivo, acompañado de su digna esposa y de algunos altos magistrados de la Nación.

Inmediatamente después de la llegada de dichos personajes, se dió comienzo á la misa con que bondadosamente inauguró el altar de la pía morada, el Ilmo. señor Arzobispo de Caracas y Venezuela doctor Crispulo Uzcátegui. Terminada ésta procedióse en seguida á la bendición episcopal de todo el edificio.

Iba el señor Arzobispo acompañado de sus acólitos de liturgia, hisopo en mano, rociando con agua bendita las paredes, el piso, las severas camillas del hospital y demás útiles y enseres que hallaba al alcance de su bendición episcopal. Seguíale el señor General Crespo y su digna

señora, con sendos cirios en las manos, cual padrinos que eran del solemne acto.

Durante las ceremonias religiosas y en otros intervalos de la fiesta, fué amenizada ésta por un himno compuesto al efecto, y que mereció los aplausos de la escogida concurrencia que llenaba el local. Letra del señor Dr. Domingo Alas, y música del inagotable maestro Federico S. Villena, esta composición es de apreciarse por la originalidad de su estructura armónica, su abundancia de riquezas melódicas y por su índole bella y apropiada al objeto para que fué compuesta.

Terminado el acto de la bendición subió á la tribuna preparada *ad hoc*, el aplaudido poeta venezolano, señor Domingo Garbán, quien recitó una bonita composición poética.

Terminada la recitación del señor Garbán, ocupó la tribuna el Dr. Núñez de Cáceres, designado como orador de orden. La improvisación del Dr. Núñez de Cáceres estuvo llena de figuras y tropos de variedad tal, que nos hizo el mismo bellissimo efecto de un kaleidoscopio de ideas, ya grandiosas, ya originales, ya bizarras. Fué una oración *urbi et orbe*, pues valiéndose el eximio humanista del inagotable tesoro de su vasta ilustración y de su verbo siempre alerta é inextinto, recorrió en el espacio de su discurso, el de casi todas las cuestiones que se rozan con la humana moral. Muy mucho allí que admirar, mucho que aprender, y no pocos pensamientos dignos de grabarse en la memoria. Como ejemplo, aún vibra en nuestros oídos una idea del orador, arrojada á la faz de la concurrencia en tono cuasi apocalíptico, á la manera como hablar debía Donoso Cortés, tan gráficamente descrito por nuestro gran Baralt.

Pintándonos el Dr. Núñez de Cáceres lo que es la caridad, empleaba el procedimiento negativo, haciéndonos ver de todos modos y bajo todas sus formas lo que no era esa virtud; y en uno de tantos períodos como improvisó, pronunció el siguiente con voz terrible:

«Ni es la Caridad la dádiva que como el hueso al perro arroja el poderoso al necesitado en cambio de la dignidad, y por la cual, bajo las horcas caudinas de la infancia hambrienta, de la esposa en el lecho del dolor y hasta por la honra en peligro inminente, el Tántalo lo abstemio de la pobreza, con su cara de hereje, aunque cristiano de corazón, vende sus entrañas zajadas, y convierte en escándalo su reputación, en apodo su nombre, en blanco de la pública maledicencia su hogar, y en harapos su tranquilidad y su conciencia.»

Terminado el discurso de orden, la concurrencia visitó de nuevo el local, y todas las voces componían una estrofa de gratitud en loor del señor J. E. Linares, fundador del Hospital, y merecedor de aplauso sincero y merecido por su gran filantropía.

¿Qué desear nosotros á este benefactor de la humanidad? Que Dios premie en él y los suyos todo el bien que su caridad ha hecho al prójimo. Feliz él que sabe pensar con alteza de miras y sentir con profundidad el amor por sus semejantes.

LA EMPLEO-MANÍA

Hic vivimos ambitiosos
Paupertate omnes
Horat.

Pues como digo á usted, el tal Don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es joven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afán de figurar; y no contento con la consideración que sus bienes y demás cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayorazgo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguíólo, y aquel año pagó la mayoradomía bien cara; después aspiró al honor de síndico, y también se le decretaron, pero precisamente en ocasión en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fué alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pue-

blo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada; allí se olvidó de su mujer y de su casa y sólo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no había necesitado un empleo; ahora ya le necesitaba, porque aquel cada día era menor. En vano su esposa y sus amigos le han procurado volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquier oficina daría su mayorazgo, sus demás bienes, y hasta

Al llegar aquí volvimos á callar y paseamos un rato en silencio; pero animado con aquel exordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me explicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera.

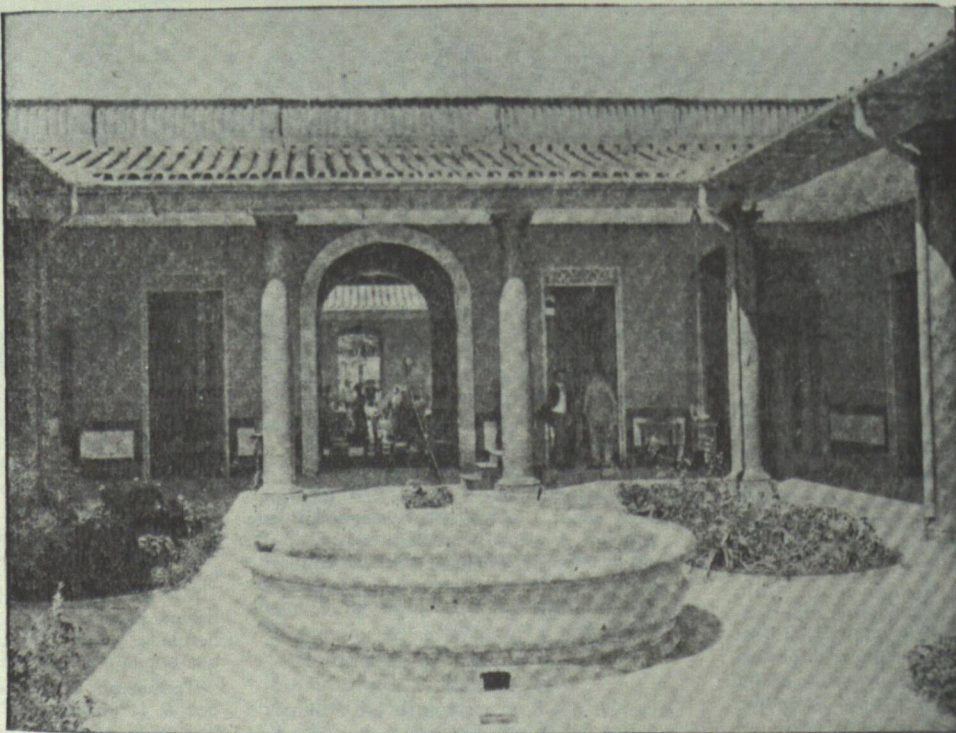
“Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio á una altura más que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba una vida activa sin agitación, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento pro-

creo que su mujer y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha protección, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo antepasados y cortesías, consumiendo zapatos, sombrero y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á usted un ente original?

—Esto sin duda (replicó Don Fidel de la Vera Cruz con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí, hicimos alto como unos dos minutos; sacó Don Fidel su caja, ofreciéndome un polvo, tiré yo el que tenía entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversación).—“La manía del Don Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrial fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases se consideran por sí solas bastantes como no vayan acompañadas del empleo. Este falso raciocinio, esta terrible manía es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas, y la que arranca al comercio y á la industria los brazos más útiles para ocuparlos en trabajos materiales; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.”



HOSPITAL DE NIÑOS—PATIO PRINCIPAL.—(Vista tomada á la entrada)



HOSPITAL DE NIÑOS—2º CUERPO—(Vista tomada por el Norte)



HOSPITAL DE NIÑOS — Corredores al Este del edificio



CLINICA DEL HOSPITAL DE NIÑOS POBRES

gresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresión demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desdén su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantes. Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales no tardaron en grangearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer. Este día, que él celebró como el de su triunfo, fué el principio de sus infortunios. Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y transferirlos en un todo á un primo mío, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulación de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Valencia, mi disposición para el comercio; mas la nueva carrera á que se veía llamado le hizo variar de plan.

“Por de pronto no se pensó más que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su parte se esforzaban en brillar cuanto podían; gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor, y nuestra casa fué muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entretanto yo aprendía á bailar, tiraba el florete, montaba á caballo, leía en francés y escribía á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veía halagado con la idea de una brillante suerte futura.

“Llegué á tener diez y siete años, y mis padres, que ya no podían soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondían, y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que quería seguir. Entonces eché mis cuentas.—¿Comercio? Yo carecía de los conocimientos necesarios, y aunque veía prosperar á mi primo, no era cosa deirme yo á poner bajo sus órdenes, y reducirme otra vez á Alicante.—¿Letras?—Yo no las entendía, y por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, ó las de universidad.—¿Milicia?—La verdad, no tenía grandes ánimos, y eso de exponerse uno á que una bala . . . —¿Iglesia?—¿Cómo? si me sentía inclinado á la *propaganda*.—¿Medicina? ¿Artes?—Para todo eso hay tanto que estudiar!!!—Pues señor (le dije á mi padre) como usted no me coloque en alguna oficina, aunque sea de meritorio . . . —Bravo, bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho; y desde aquel día empezó á trabajar para ello.

“No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y así que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo; con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la más alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

“El amor vino poco después á alterar mi tranquilidad; mas por desgracia el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Así lo advirtió mi padre y participando también de ellas fijó su atención en la hija única de mi jefe, y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haría obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazón con la vanidad; pero el sistema de mi educación era muy conforme á hacer triunfar á ésta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tédio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasión; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

“Mi esposa era una mujer altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veía un marido á quien ella había elevado á su altura; cuya consideración la hacía insufrible, dándole un dominio absoluto sobre mí. Poco después de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos, se me amenazó con la separación y pérdida de mi empleo; cedí, y me ví hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo había tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo; quiero decir, como la habían educado á ella y á mí; mi casa hervía en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdí con las músicas y festines, y yo no osaba



RIO ANAUO — Caracas

derado de los ánimos y que á todos se comunica.

Sea de ello lo que fuere, nosotros preferiríamos que no hubiesen esas violentas trazaciones, sino que se dispusiesen las cosas como para distraernos durante todo el año, si bien con parsimonia y medida, en vez de gozar profusamente de tales placeres tan sólo durante cuatro ó seis meses.

En fin, no queramos arreglar esto de modo distinto á como viene organizado. Asistan los que puedan resistirlo, á todas esas fiestas, y los que nó, absténganse de ello, si no quieren verse pronto tornados en esqueletos ó muertos de tanto trasnoch.

Así, pues, tras no pequeño sopor, ocasionado por causas de todos conocidas, despierta de nuevo nuestra culta sociedad, y se entrega á esos gratos entretenimientos que son á un mismo tiempo solaz para el espíritu y oportunas ocasiones de lucir sus gracias nuestras damas y nuestros caballeros su educación y cultura.

*

Fuera digresiones, y pasemos á reseñar hasta donde nuestras fuerzas nos lo permitan (téngase en cuenta que de cierto tiempo á esta parte vivimos trasnochados) una de las fiestas más amenas, artísticas y elegantes á que hemos asistido en estos últimos días.

Y fué ésta la celebrada el día 26 del corriente en la casa de las señoras de Zuloaga y de Machado, con motivo del santo de su simpática y hermosa hija ANINA.

Cumpléndose en toda forma el programa anunciado por los dueños de la casa, la concurrencia quedó agradablemente sorprendida, en primer término, por la audición de un monólogo recitado por el señor F. B. titulado: "En vísperas de la boda" y escrito por el poeta mejicano Juan de Dios Peza para el señor Sánchez Pozo.

En nuestro sentir, el amigo B. interpretó correctísimamente, aun en los más pequeños detalles, el gracioso y difícil soliloquio; y seguros estamos de que á él le bastarán las muestras de sincera aprobación que le fueron tributadas por el escogido auditorio.

Al monólogo se siguió un cuadro vivo titulado "La Opera," dirigido por nuestro conocido poeta E. M. y M. y en el cual cada figura caracterizaba una ópera. Este cuadro estaba representado así: *La Música*, señorita A. Palacios.—*Lucía*, señorita Anina Machado.—*Mignon*, señorita Tuíta Hernández.—*Margarita* (de «Fausto»), señorita Margarita Vaamonde.—*Carmen*, señorita Carmen Palacios.—*Traviata*, señorita M. I. Valarino.—*Gitana* (del «Ballo di Máscara»),

hablar alto de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condición la de un marido vendido al interés!

"Mi mujer era intriganta y tenía mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacía pagar bien caros, pues aún me acuerdo de un día que se me concedió un sobresueldo de 4.000 reales, y me hizo gastar 12.000 en trajes y funciones.

"Ya los hijos iban creciendo, y yo por más que la quería hacer sentir la necesidad de dárles carrera, no lo permitía lo que ella llamaba *su ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus concesiones les conseguiría á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lioseros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habían de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

"Tdos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabían leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la muerte la arrebató también, dejándome con los muchachos sin educación y sin apoyos. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco; así que estas desgracias debilitaron en tales términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando solicité y obtuve mi jubilación.

"Entre tanto los muchachos cada día crecían en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabían, y que para nada eran aptos. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas; conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolución, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento.... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, y á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutención, acudiendo á coser y bordar á un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante, al lado de uno de mis sobri-

nos, como dependiente de su casa de comercio..... Tal, amigo mío, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo transmitido la labiosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á usted que los dos hijos que que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio, y es en el día una de las primeras casas del reino; el otro, después de haber recorrido toda Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño."

Al llegar aquí tuvo Don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversación, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *Empleo-manía*.

EL CURIOSO PARLANTE.

NOTAS DE UNA VELADA

La verdad sea dicha que aquí—y quizá suceda lo mismo en todas partes—las cosas se toman con irregular empeño. Decimos á estar tristes, y ya no se ven sino rostros taciturnos, no se pronuncian sino palabras quejumbrosas, y todo, en suma, se vuelve suspiros, gemidos y enervante monotonía; pero resucita la ciudad y nos grita de voz en cuello, "á divertirse," y entonces todo cambia por completo. No ve usted sino sonrisas en los labios, alegría en todos los semblantes; ya no hablamos de tristezas, ni se oyen quejas y gemidos. Nada. Todo se ha olvidado, y sólo se piensa en paseos, bailes é inauguraciones, á tal punto, que á veces se halla uno con dos ó tres invitaciones para un mismo día, sin saber á cuál de ellas atender y terminando, muy frecuentemente, por atender á todas. Tal es la sed de diversiones que se ha apo-



EDIFICIO DEL MERCADO DE SAN PABLO—CARACAS

señorita P. Eraso.—*Mefistófeles*, señor Inocente Palacio.—*Ruy Blas*, señor F. de Sola.—*Hernani*, señor C. Hernáiz.

Luego se representó un nuevo cuadro vivo titulado "La Armonía" dirigido por nuestro inteligente artista señor M. V. R. y en el que tomaron parte las señoritas Anina Machado, Antonia y Carmen Palacios, Panchita y Mercedes Eraso, Solita y Tuíta Hernáiz, Carmen López de Ceballos, María Isabel Valarino y Margarita Vaamonde.

Las personas bien escogidas; las posiciones artísticamente estudiadas; las luces bien elegidas y combinadas; los colores hábilmente dispuestos; y las melodías de un armonio delicadamente tocado por la señora de M., formaron dos conjuntos bellísimos, dos admirables cuadros, por cuya concepción y ejecución recibieron los expresados amigos directores entusiastas aplausos.

Terminados los cuadros la orquesta lanzó al aire los preludios de un vals, con lo cual la juventud se entregó regocijada de los placeres del baile.

Un bien servido ambigü, entusiasmo general como pocas veces se observa, y, sobre todo, la exquisita cultura y genial amabilidad de los dueños de la casa, fueron motivo para que la concurrencia no se retirara hasta las seis de la mañana, prueba, á nuestro entender, la más palpable del buen éxito de aquella linda velada.

¿A qué de nuevo nuestras felicitaciones cuando verbalmente las dimos ya tan calurosas?

H. O.

NECROLOGIAS

SEÑORA RAFAELA CLEMENTE DE ZÁRRAGA

Matrona respetable y señora en quien concurrían todas las dotes de nobleza de alma, hija de próceres y madre amantísima, deja huérfanos que nunca sabrán secar las fuentes de su llanto, y un vacío irreparable en la sociedad.

Nuestros sentimientos de profundo pesar á todos sus deudos, y en especial á nuestro amigo el señor José Antonio Zárraga y á la señora María de Bolet.

GENERAL JOSÉ MARIA ORTEGA MARTINEZ

Lamenta la sociedad de Caracas la súbita muerte de este distinguido caballero, que figuró en los primeros puéstop públicos de Venezuela, sin que las luchas políticas contribuyeran en lo más mínimo á quitar un ápice de pureza y sano brillo á su nombre siempre honrado y ennoblecido por sus sólidas virtudes domésticas. Pierde con su muerte esta sociedad una de sus más fuertes columnas, y la literatura persona que siempre la practicó con lustre. Ocupaba el sentido muerto un sillón en la Academia de la Lengua.

JOSÉ AGUSTIN LOYNAZ

También ha fallecido este hombre probo, trabajador incansable y persona que sentía en su corazón santo y noble amor por su Patria, como quien fué hijo de eximios patriotas de sólidas virtudes. A su muerte ocupaba el señor LOYNAZ el delicado puéstop de Cajero del Banco de Venezuela.

Damos nuestro muy sentido pésame á las familias de las tres honorables personas fallecidas.

MÚSICA

En el suplemento del número 38 de esta Revista, publicamos una composición musical de la señorita Adina Manrique. No es la primera vez, ni será la última, que se honren las columnas de EL COJO ILUSTRADO con las sentidas producciones de esta inteligente aficionada.

El *Tantum Ergo*, á que hoy nos referimos, muestra una vez más las geniales aptitudes que para la música posee la señorita Manrique, y es muestra palpable de que día por día aumentan sus condiciones de compositora, pues en esta obra religiosa, más que las otras de difícil creación, nótase ya cierta independencia de factura y dominio más completo de los secretos del sonido.

Al aplaudir con justicia la composición aludida, anhelamos ver realizado un deseo: el de que la talentosa autora no olvide hacernos con frecuencia el obsequio de sus obras, que tendrá siempre en nosotros, si no valioso, sí muy sincero y entusiasta agradecimiento por sus mercedes.

EN UN MINISTERIO

MINISTRO entrando.

SUBALTERNO.

MINISTRO.

SUBALTERNO.

MINISTRO.

SUBALTERNO.

MINISTRO.

SUBALTERNO.

MINISTRO.

Así! qué buena vida! ¿Leyendito? Como nadie ha venido todavía. Claro! le echó usted mano á ese librito. Será muy bueno.

Es una tontería: Una novela en cartas, sin ensarte. Ni eulace una con otra.

¿Y quién es el autor? Hombre! hombre!

¿No será alguna innovación del arte?

¿Y quién es el autor?

Aquí está el nombre: Manuel Epistolar.

¡Autor preclaro!

Aquí dice *Manual*, pero comprendo

Que es un error de imprenta.

¡Claro, claro!

¡Qué talento el de usted! es estupendo.

PENSAMIENTOS

TOMADOS DEL ÁLBUM DEL "HOSPITAL LINARES,"
EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN

—Al establecer este Asilo, el amigo Juan E. Linares, se ha hecho digno del eterno reconocimiento de sus conciudadanos.—*Juan E. Larraide.*

—Que el Ser Supremo sostenga á este Instituto y proteja á sus autores !—*M. A. Guzmán B.*

—Mis congratulaciones por la feliz realización de esta benéfica obra, cuya inauguración se festeja hoy.—*Guillermo Ramírez.*

—Inspirado por las divinas palabras del Salvador, J. E. Linares dice hoy á los niños: «Venid á mí !»—*P. Coll Otero.*

—¡ Benditos sean los niños ! ¡ Benditos los que los amparan !—*Domingo Alas.*

—Felicitó al señor Linares por su grandiosa obra.—*F. A. Masiani, hijo.*

—Cuando el beneficio se hace oficioso y cabal, el nombre del benefactor perdura.—*Sixto Sánchez.*

—La Caridad es la que más enaltece al hombre.—Felices los que como Linares pasan á la posteridad dejando su nombre bendecido.—*H. Santana de León.*

—Gloria al bienhechor Linares !—*P. Peña Vallenilla.*

—¡ Que siempre pueda hacer obras iguales !—*Eduardo Agreda.*

—Los que disponen de su fortuna como el señor Linares, honran á su país.—*A. Couturier.*

—Que siga Dios alimentando ideas caritativas en la clara inteligencia del señor Linares.—*Pedro A. Castillo.*

—God bless a good work !—*Vincent R. Barrington.*

—Cuando el tiempo, que todo lo destruye, haga que caigan derruidos los muros de este Asilo, perdurará eternamente, celebrado por la gratitud, el nombre de quien los levantó con piadosa y caritativa mano.—*Heriberto Gordón.*

—Félix García Fuentes pide al cielo bendiga á J. E. Linares por su obra de beneficencia, que le hará vivir en el corazón de sus conciudadanos.

—La Caridad es inspiración del cielo.—*Angel María Suárez.*

—La Caridad es el progreso y la civilización de los pueblos.—*S. M. Yanes.*

—De Dios reciba el premio el caritativo ciudadano que en grado tan eminente honra á la Patria.—*Juan Bautista Documet.*

—La Caridad, tal como la ordena practicar la Iglesia de Cristo, es el más sólido pedestal sobre que descansa la Sociedad Universal.—*Juan La-meda.*

—La civilización en las edades medias se salvó en el Arca del Convento ; la nuestra se salvará en el tabernáculo de la Caridad.—*P. M.*

—En el caos de la desgracia aparece la Caridad como luz benefactora.—*M. M. Urbaneja y Urbaneja.*

—“Y vosotros, grandes de la tierra, vosotros ante quienes han temblado las naciones, contemplad esta gloria que no cuesta ni una lágrima.”

—¡ Oh Caridad hija del cielo ! Tú te apoderas del niño en la cuna, y después lo duermes tranquilamente en el sepulcro.—*Pro. Manuel F. Yepes.*

—“Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de corazón.....!”—*José Miguel Torres R.*

—Tender la mano al necesitado sin necia presunción ni interés, he aquí la verdadera Caridad.—*F. de Borjas Fuenmayor.*

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Las gentes de la *Maria* pusieron en práctica todos los medios acostumbrados en semejante circunstancia para zafarse, y trabajaron rudamente por espacio de diez horas ; pero llegaba la noche, y el barco, sacudido de todas maneras y en todos sentidos, permanecía allí sujeto, siempre agarrado por la mano potente y misteriosa que le había detenido en su camino.

Con la llegada de la noche, el viento se hizo más fuerte y la ola más alta : la situación iba inspirando serios temores, cuando súbitamente, á cosa de las siete, el barco arrancó, rompiendo las amarras que habían echado para precaverse. Entonces vióse á los tripulantes correr como locos de la popa á la proa y viceversa, gritando :

—¡ Estamos á flote !

¡ Cómo explicar aquella alegría de flotar de nuevo, de sentirse deslizar de nuevo sobre la superficie de las olas, de volver á sentirse sobre una cosa ligera, viviente, en lugar de ocupar una boya, como un momento antes !

Y al propio tiempo, la tristeza de Juan desapareció también como por encanto. Libre ya su imaginación, como el buque ; curado del mal del espíritu por la fatiga del cuerpo, había recuperado su aire indiferente y desechado los recuerdos que le asediaban.

Al día siguiente, mientras continuaban su viaje hacia el mar de Islandia, su corazón, en apariencia, estaba tan libre como en sus primeros días.

Allá, á bordo de la *Circe*, al otro extremo de la tierra, en la rada de Ha-Long, se distribuía un correo que acababa de llegar de Francia. Ocupando el centro de un compacto grupo de marineros, el contramaestre iba llamando en alta voz á los marineros para quienes había cartas. La escena tenía lugar por la noche en la batería, á la luz de un fanal.

—¡ Silvestre Moan !—gritó la voz del contramaestre.

El joven gaviero se apresuró á tomar la carta que le venía destinada y que traía el timbre del correo de Païmpol ; pero con sorpresa suya, notó que la letra del sobre no era de Gaud. ¿ De quién sería entonces aquella carta ?

Por último se decidió á abrirla, no sin cierto temor.

La carta empezaba así :

« Ploubazlanec, 5 marzo de 1884.

« Mi queridísimo nieto..... »

.....
Era de la abuelita inolvidable. Entonces, Silvestre respiró con más libertad, sobre todo cuando vió al pie la firma de la anciana, única cosa que sabía escribir la pobre.

Silvestre, por un movimiento irresistible, llevó el papel á sus labios, besando la firma como se besa un amuleto. Era que la misiva llegaba á sus manos en un momento crítico de su vida : en efecto, al amanecer del siguiente día debían bajar á tierra para combatir al enemigo.

Mediaba el mes de abril : Bac-Ninh y Hong-Hoa acababan de ser tomados por los franceses. En vista de la tardanza de los refuerzos pedidos para el Tonkin, los jefes tomaban cuantos hombres podía facilitar la escuadra, para completar las compañías de infantería de marina que operaban en tierra. He aquí por qué Silvestre, que había estado languideciendo una porción de meses entre cruceros y bloqueos, acababa de ser designado, en unión de otros compañeros suyos, para reponer las bajas de una compañía.

Habiendo arreglado sus mochilas, terminado sus preparativos y despedidos cada cual de sus amigos, los que habían de partir se pasearon toda la noche por en medio de los que se quedaban, sintiéndose engrandecidos y orgullosos respecto de estos últimos, porque iban á medir sus fuerzas con las del enemigo. Cada cual manifestaba á su manera las impresiones que le causaba la proximidad de la lucha ; unos se ponían graves, otros charlaban por los codos.

En cuanto á Silvestre, estaba silencioso y sentía una impaciencia reconcentrada. No se hacía una idea completa de la guerra y del combate ; pero estas cosas terribles le fascinaban, porque era de raza de valientes.

La carta le preocupaba mucho.

Al principio de ella, la abuela Moan explicaba porqué había tenido que recurrir á la mano inexperta de una vecina suya.

« Mi querido nieto (le decía) : Esta vez no me sirve Gaud de secretaria, porque está en una situación bien penosa. Su padre ha muerto repentinamente, hace dos días, y parece que ha perdido toda su fortuna en ese demonio de juego que llaman la Bolsa, al cual se aficionó en París el invierno último. Los acreedores van á poner en venta todo cuanto poseía el difunto. Supongo, mi querido nieto, que esta desgracia te causará tanta pena como á mí y á todas las gentes del país.

« Tu amigo Juan Gaos me encarga que te salude de su parte : ha renovado su contrata con el patrón Germeur, de la *Maria*, y está ya en camino para Islandia, desde el 1º de este mes, dos días antes de suceder el infortunio de nuestra pobre Gaud ; es decir, que no sabe nada de este triste suceso.

« Excuso decirte que ahora Gaud es una pobre como nosotros, que tendrá que trabajar, para ganar la vida..... »

Silvestre se sintió aterrado por esta lectura, que le disminuía el placer de ir á batirse.

XX

Una bala que silba en el aire... después otras... Silvestre se detiene, aplicando el oído.....

Era una llanura extensísima, de un verde tierno y aterciopelado de primavera. El cielo, de un gris pesado.

Seis marineros armados practican un reconocimiento en medio de los frescos agrozales, en un sendero fangoso.

¡ Otra bala, con el mismo ruido agrio en el aire, el mismo *dasein* prolongado que tan bien da la impresión del pequeño objeto malvado y duro que pasa derecho, velocísimo, inconsciente mensajero de la muerte !

Silvestre oía aquella música desagradable por la primera vez en su vida.

Cinco minutos después, no eran ya balas aisladas, sino una lluvia de ellas las que caían cerca del sitio que ocupaban los marineros, hundiéndose en el terreno inundado del arrozal, con una pequeña salpicadura de agua. Ellos se miraban, sonriendo como si viesen alguna pantomima bien ejecutada, y se decían unos á otros :

—¡ Los chinos !

Para los marineros, los annamitas, los tonkineses y los piratas llamados *pabellones negros*, todos son chinos.

Al cabo de poco tiempo cesó el aguacero de plomo, y el silencio volvió á reinar en la gran llanura verde, donde nada se movía.

Los marineros divisaban á los lejos un bosquecillo de bambúes, que formaba como un islote de plumas verdes en la llanura, y detrás del cual se veían unos techos puntiagudos. De allí, sin duda, habían salido las balas. Entonces echaron á correr en dirección al bosquecillo, yendo Silvestre delante, impulsado por su amor juvenil y por la extraordinaria agilidad de sus piernas.

A medida que se iban aproximando, los bambúes acentuaban mejor la delicadeza exótica de su follaje, y los hombres amarillos, que ahora empezaban á divisarse escondidos tras de los árboles, asomaban sus rostros aplastados, contraídos por la malicia y el miedo.

De súbito, abandonando el bosquecillo con estridente gritería, se desplegaron en campo raso en larga línea, algo temblona, pero decidida y peligrosa.

—¡ Los chinos !—volvieron á exclamar los marineros, con la misma sonrisa despreciativa que antes.

Continuad

VERSOS

LEIDOS POR SU AUTOR EN LA INAUGURACION DEL
HOSPITAL LINARES

Con guirnalda de candidas violetas
Hoy mi sonante lira se corona,
Y á sus acentos rítmicos entona
Mi ardiente labio fervida canción.
Para ensalzar la Providencia suma,
Que al dar al pobre misero quebranto,
Dió al corazón del rico, raudal santo
De caridad y noble compasión.

¡Feliz el poderoso que comparte
Con el pobre su auriífero tesoro!
Este se labra así la escala de oro
Con que al Empíreo cielo ha de subir:
Este verá correr sus largos días
Cual mansa fuente entre las flores,
Y al fin verá, de límpidos fulgores
En su frente, corona relucir.

Al cielo se sublima el potentado
Al descender del pobre á la cabaña
El llanto amargo que su rostro baña
Con su mano benéfica á enjugar.
A presidir estos coloquios bajan
Los ángeles radiantes de alegría,
Y no tiene la gaya poesía
Frasas con que estos cuadros diseñar.

Que si es de Dios imagen el mendigo,
De Dios imagen es el potentado
Cuando su corazón alborozado
Palpita jubilosamente el bien.
Porque es el bien, de Dios nymen divino,
Y de la triste humanidad doliente,
Ideal, que cual astro refulgente
Brilla en el cielo del perdido Edén.

¡Oh excelsa caridad! Flor bendecida
Que naciste en la cumbre del Calvario,
Como el humo del místico incensario
Sube su aroma hasta los pies de Dios.
Y en él va envuelta la plegaria santa,
La queja amarga del dolor sublime,
La lágrima doliente que redime,
Y cuanto marcha de consuelo en pos.

Vosotras, madres, que el dolor tortura,
A quien negó la suerte sus favores,
Aquí hallarán amparo á los rigores,
Vuestros hijos, del hado asolador.
De este benigno asilo bajo el techo
Hay para ellos luz, y pan, y abrigo,
Y acento al par benéfico y amigo
Que calme compasivo su dolor.

Aquí estarán con ellos esas hijas
De Vicente Paúl esclarecido,
A cuyo suave aliento bendecido
Se inflama el alma en fuego celestial:
Aliento que perfuma estas estancias
Con aroma de sándalo y de rosa,
Que hacen del sufrimiento, dolorosa
Expiación de la culpa original.

Ángeles que caminan por el mundo
Con las brillantes alas replegadas,
Y á los cielos las manos levantadas
En demanda del célico favor:
Para el enfermo que doliente sufre,
Y el huérfano que vierte acerbo llanto,
Y el misero que gime en su quebranto,
Y para todo aquel que hirió el dolor.

Para enseñarles con su ejemplo santo
De la virtud las sendas escabrosas,
Las espinas trocando en bellas rosas
A esfuerzos de su fe y abnegación;
Para enseñarles á llevar pacientes
La cruz de nuestro humano sufrimiento,
Y para darle fervoroso aliento
Al triste y desmayado corazón.

Madres! Tejéd de flores inmortales
Bella corona con que ornar la frente
Del varón acendrado y eminente
Que es de este asilo noble fundador.
Un himno de alabanza, alad gozosas,
Que vuestra eterna gratitud revele;
Que con vuestra plegaria, haçed que vele
Sobre su hogar, el ángel del Señor.

Y tú, noble Caracas, que te aduermes
Bajo dosel de lianas y palmeras,
Aspirando el olor que en las praderas,
Al beso de la luz, vierte la flor:
Madre excelsa de bravos adalides,
Que las páginas llenan de la historia,
Al fundar en el bien tu eximia gloria
Lauros conquistas de preciado honor:

Regocíjate en gozo perdurable
Con quien tu fama así, límpida abona,
Agregando á tu espléndida corona
Preciosa piedra de brillante luz:
Luz! que es lampo purísimo y fulgente
De un sol que siempre esplendoroso brilla,
Del mundo y de los cielos maravilla,
Que triunfó de la muerte por la Cruz!

Caracas: 23 de Julio de 1893.

DOMINGO GARBÁN

¡OJO ALERTA!

Cuando el movimiento comercial y el espíritu de empresas adquieren cierto grado de actividad en un país, y los capitalistas se hallan dispuestos á aventurar sus caudales en cualquier género de especulación que parezca ofrecer garantías de un lucro considerable, no faltan nunca truhanes ó caballeros de industria que aprovechándose de esta confianza, procuran sacar partido de ella proponiendo especulaciones y empresas plausibles al parecer pero que en realidad son sólo un lazo que tienden al incauto de cuyo dinero intentan apoderarse. En Inglaterra, donde la superabundancia de capital unido al afán de especular ofrece un vasto campo á las patrañas de estos cimbeles, son muy frecuentes esta clase de petardos, pero también parece que la circunspecta España va ya empezando á experimentar la misma suerte según vemos por el siguiente relato tomado de uno de los periódicos madrileños, el cual aunque escrito en estilo jocoso y acomodado al genio festivo de su autor no es esencialmente supuesto. Sirva de aviso á nuestros hermanos del otro lado del Atlántico por si entre ellos hubiese también quien intentase apropiarse de la credulidad de los incautos. El autor del artículo, que parece ser uno de los mordidos, dice así:—

PARA TODOS Y PARA NINGUNO

Sin duda que algún diablo tentador se ha apoderado de mi voluntad para meterme en deseos de escribir al público, como si ello fuese obra tan sencilla que con sólo querer pudiera hacerse; pero cuando el diablo tienta á alguna alma pecadora, sabido se tendrá por qué lo hace. Bien conozco que el que para el público escribe se expone á que el público no le lea, ó á que diga cuando menos, si le lee, que ha escrito en tonto, en cansado ó en insulso; pero nada me importa. El diablo me aguijonea y he de escribir aunque á todos ó á ninguno le de gusto. Si de desgraciado en mi estilo algún jocoso me critica, escribanos sus chistes y se los reiremos: si algún sabio, de tonto me censura, oigamos sus discretas sentencias y aprendéremos en ellas: si hay otro, y basta, que de insipido me tache, derrame un poco de su sal sobre mis palabras y póngalas á su gusto que yo escribo lo que quiero, lo que puedo, ó lo que sé, y Cristo con todos.

No haya sin embargo miedo de que me escurra en el resbaladizo y escabroso terreno de la política. Lejos de mí semejante idea y el pecado sea nardo, que no es por semejante lado por donde el diablo me tienta. ¿Ni qué adelantaría con declamar sobre la reparación que de justicia y necesidad se nos debe por los ultrajes que se hacen á nuestra nación en la república del Uruguay, ni con decir que nuestros mandarines marchan torcidos y jorobados, si por ello, ni los mandarines se habían de enderezar, ni la reparación se había de exigir? Para el pícaro que crea á la *Gaceta* del 16 que dice que nuestro gabinete continúa desplegando una saludable actividad en todos y en cada uno de los ramos de sus departamentos. ¡Qué si quieres! Así pues, si instigado por aquel maligno espíritu tomo hoy la pluma, mi objeto es tan ajeno y tiene tan poco que ver con la política, cuanto que todo él se reduce á hacer, si me es posible, una pintura fiel de cierta sesión ó junta general que tuvimos no ha muchos días unos cuantos individuos unidos en sociedad con el fin de explotar una que se creyó mina, y que en efecto parece que ha producido monedas acuñadas.

Se conoce que aquel pícaro de diablejo que me tienta para que escriba, no me tienta para cosa buena. Metíome un día en la cabeza que el hom-

bre que es superior á todas las seres vivientes del universo, podía y debía volar con más velocidad que vuela el águila, y somos tan propensos á amar y á creer lo prodigioso que di en la locura de fabricar unas alas de plumas y cartón que al fin concluí y amoldé perfectamente á mis brazos. Quise hacer mi primer ensayo desde un tejado por fortuna no muy alto, y volando en efecto llegué al suelo, hundíme la cabeza; aplastéme las narices, me dislocó una pierna y estuve á pique de romperme el espinazo. Pintóme en otra ocasión con colores tan halagüeños la vida monástica, sus votos y su clausura, que estuve en un dos por tres el que no me echase á cuestras el sayal y la capucha. Gracias á un tío canónigo que tengo que se opuso fuertemente, y en Dios y en mi ánima que cada vez se lo agradezco más. Tentaciones de entrar en un convento de monjas, no digamos! Ahora mismo no me pesaría de ello con tal de que no tuviesen los escrúpulos de las de Zaragoza, y fuesen jóvenes y bonitas, y aunque estuviesen pronunciadas, sin embargo de que una bullanga mongil debe ser terrible. En fin para conocer mejor sus diabólicas intenciones basta saber que me ha seducido con las más lisonjeras esperanzas y me ha hecho tomar acciones en varias empresas de minas.

Disimule el lector esta pequeña digresión, sea indulgente, y antes de leer la sesión tenga la paciencia de ver para formarse mejor idea de ellas, el espacioso local donde se celebró con otras circunstancias tan precisas como verdaderas.

Figúrese en primer lugar un convento que fué, en este convento unos claustros, en uno de estos claustros una escalera y debajo de esta escalera un estrecho pasadizo que no sé á dónde iba á parar, porque una puerta que en uno de sus extremos se veía, cerraba toda comunicación interior. Frente por frente de esta puerta estaba colocada una mesa á quien tuve por hermana carnal de las que existen en la botillería de la calle de Carretas y además algo cosa según su mal movimiento: ardían sobre ella dos fragantes bujías elaboradas con la rica esperma de carnero y sin parentesco alguno con las de la Estrella. Veíase también un tinte-razo enorme de zinc ya carcomido por el tiempo, y sobresalía en medio de todo esto una estupenda campanilla que sin duda era la esquila con que llamaban al refectorio los PP. Reverendos. Dejábanse ver á entrambos lados de la mesa dos bancos semi-arcones que á juzgar por sus insignias habían servido para guardar velas ó cirios y que debieron haber pertenecido á la cerámica orden tercera del Padre San Francisco; tres sillas medio desvencijadas y un sillón manco y derrengado; destinadas aquéllas para el tesorero, contador y secretario, y éste para el señor presidente que se sentó en él, no sin algún recelo acerca de su seguridad individual. Colocados después en ambos bancos los socios que cupieron, acomodados también los restantes unos de pie y otros en el suelo, que á la verdad no estaba muy aseado, principió la sesión de e-ta manera:

El Presidente tocando á dos manos la campana.
Señores, orden.

Se abre la sesión. El señor secretario se servirá leer el acta de la anterior.

El Secretario. El señor presidente me permitirá que manifieste á la junta general un suceso lamentable producido por la imprevisión de mi mujer que es una torpe. El acta de la sesión anterior que ya con un poco de trabajo había conseguido poner en limpio, se me quedó olvidada encima de la mesa de la cocina de mi casa, donde por su mayor claridad acostumbro á despachar todos mis negocios que necesitan escribirse, que á la verdad no dejan de ser raros. Ocurrió precisamente que aquel día había comprado mi mujer un poco de queso de Villalón, y queriendo envolverle, el primer papel con que tropezó, fué el acta; se apoderó de ella y todo unido fué y lo guardó en la despensa. [Risas]. No estuvo ahí el mal, señores; sino en que estando mi casa plagada de ratones, cuando noticioso del caso quise recuperar el acta, la encontré igualmente que el queso toda agujereada y comida, por lo que, y por haber roto el borrador, me fué imposible copiarla de nuevo. Sin embargo como la he escrito varias veces la sé de memoria, y si estos señores gustan,

bien la podré decir de corrido. [*Varias voces.*] No: no hay necesidad, la damos por leída y aprobada.

El Presidente. Vista la franca y explícita manifestación de la junta general queda aprobada el acta. Ahora se va á proceder á la lectura del dictamen de la comisión que ha entendido en el examen de las cuentas de los seis últimos meses. Señor Secretario, sírvase usted.....

El Secretario leyendo. La comisión que ha tomado sobre sus débiles hombros el atroz peso con que esta ilustrada sociedad se ha servido honrarla, ha examinado con la más sana escrupulosidad y madura reflexión las cuentas que le han sido presentadas por la junta directiva: y si bien es verdad que en sus desordenados documentos aparecen sumas duplicadas, recibos sin fechas y sin firmas, poca claridad en las cantidades, [*Murmillos*] y algunas graves inexactitudes en el cargo y data, conoce por otro lado la buena fe, probidad, honradez [*Señales de inquietud*] y conciencia de la junta directiva, y por lo tanto se atreve á proponer que deben aprovecharse dichas cuentas con la condición de que las pongan más claras en lo sucesivo. La sociedad sin embargo dispondrá lo que crea más justo.

Muchos socios á la vez. Pido la palabra en pro. Pido la palabra en contra. [*Confusión.*]

El Presidente. Señores orden. ¡Qué escándalo es este!

Un individuo de la comisión. Seré muy breve, compañeros. La comisión que quiere que reine entre nosotros la mejor armonía, ha creído oportuno.....

Algunas voces. Basta! basta! En el dictamen se dice lo suficiente. Que se pregunte si se aprueba ó no.

El Secretario en medio del mayor desorden. ¿Se aprueba el dictamen de la comisión?

Muchas voces. No, no: de ninguna manera. Si, si, que se apruebe, que se apruebe.

El Presidente como trémulo y haciendo sonar la esquila. Al orden, señores socios, al orden ó se levanta la sesión.

El Secretario. Queda aprobado.

Momentos de mucha algazara.—Unos. Que se vote nominalmente.—*Otros.* Pido la palabra señor Presidente.

El Presidente. Orden y silencio. Es punto aprobado y ya no cabe sobre él discusión alguna. Señores, silencio, que se van á leer las cuentas de este mes.

El Secretario leyendo. Por cuatro arrobas de pólvora para dar los barrenos, doscientos.....

Un socio. Pido la palabra porque deseo saber si se trata de volar alguna fortaleza, ó de declarar la guerra á alguna mina inmediata.

El Presidente. No hay discusión. Siga usted leyendo.

El Secretario. Por doce candiles, diez y siete espuelas, seis pares de cubos, treinta y un días de jornales, un pico, recomposición de dos azadones, tres vigas, y arroba y media de aceite..... ochocientos.—Suma total.—Mil. Importe del último dividendo—mil. Existencia—Cero. Estas cuentas pasarán á la comisión para su examen.

Un socio muy gordo. Señor presidente, pido la palabra para una interpelación.

El Presidente. La tiene usted.

El socio limpiándose el sudor. Señores no sé quien sería el alma de Dios ó del demonio á quien primero le ocurrió decir aquello de que en agosto frío en rostro. Por la vida de su abuelo que la razón no le faltaba. Estamos á 16 del dichoso mes y parece que estamos en el infierno. ¡Calabazas!

El Presidente. A la interpelación, señor orador.

El socio. Todas las interpelaciones, señor Presidente, tienen su principio y ojalá que tuvieran también su fin. Yo principio la mía por el calor y es menester que V. S. la oiga aunque se espe-luzne y tirité de frío. Digo, pues, que hace tres días que por poco cojo un tabardillo por ir á ver la decantada mina que tanto nos ocupa y que más nos cuesta que es lo peor, y por San Roque patrón de Illana, mi pueblo, que lo hubiera dado por bien cojido en pago del desengaño que en élla recibí. [*Atención.*] He sabido señores, que el mineral que motivó la formación de esta sociedad, era extraído de otra mina cualquiera, y que entre nosotros pasó por hijo del terreno que en su consecuencia denunciarnos, habiendo sido todo por consiguiente una solemne mentira. [*Rumores*].

He visto con estos mismos ojos que se ha de comer la tierra, que en dicho terreno no existen ni los trabajos hechos que aquí se han dicho, ni trabajadores, ni capataz, ni mineral, ni cosa equivalente, sino un barranco, un pozo con alguna agua y un pequeño montón de piedras al lado: he conocido en fin que todo ha sido una farsa y así he creído deber desengañar á mis compañeros, para que.....

El Presidente turbado. Yo no puedo permitir que esa interpelación siga adelante. El honor de la junta altamente ofendido exige una reparación y es necesario..... [*Mucha confusión.*]

Otro socio. Que se nombre una comisión que acompañada de un ingeniero examine la mina y nos diga que es lo que hay sobre el particular.

Varias voces. Si, si; que se nombre, que se nombre.....

Basta, lector, de sesión que yo también me voy cansando ya de escribir, y bastante te he dicho para que abras el ojo antes de entrar en ciertas sociedades de minas; y digo ciertas, porque también hay muchas cuyo objeto es interesante á ellas mismas y to la la nación, siendo como son regidas por la mejor buena fe y la mayor armonía del mundo. Así pues concluiré mi artículo con decir que se nombra la comisión, que se aprobó un nuevo dividendo propuesto por la junta directiva y que cada cual se fué por su camino hablando á su manera, y yo me vine á mi casa y me puse á escribir cuanto había visto y oído, que tu también lector mejor ó peor oyes y ves, gracias á que á mí se me antojó escribirlo, y á que el señor editor de esta Revista ha tenido la amabilidad de dejarlo imprimir. Te advertiré por despedida que si alguno te dice que es mentira cuanto has leído, si es que de ello te has enterado, le contestes que aquí estoy yo para darle más pruebas y señales, si es que las desea. Con que hasta otra vez si Dios quiere y la justicia.

EL ABATE PAPARRASCOLLA.

CAUTIVA

Por valles y por oteros,
Del sol al naciente brillo,
El señor de horca y cuchillo
Va con treinta caballeros.
Resplandecen los aceros
De los bravos paladines;
Agitan sus negras crines
Los caballos arrogantes.
Y al frente suenan triunfantes
Los timbales y clarines.

Allá en la azul lejanía,
Junto al mar ilimitado,
Se alza un castillo almenado
Sobre la costa bravía.
Solo, en la roca sombría
Donde viene á reventar
El incansable oléar,
Parece un negro coloso
Que yace en mudo reposo
Árrullado por el mar.

Vive en él torvo barón,
Pirata sin Dios ni ley
Que ha recibido del Rey
Ácuartelado blasón.
Y en esa feudal mansión,
Tan sombría como espesa,
El alma de angustia presa,
Ha tiempo que gime y llora
Y en vano piedad implora
Una cautiva princesa.

También amargo dolor
El barón ha tiempo liba
Porque la hermosa cautiva
Arde por otro en amor.
Ama al gallardo señor,
Al señor de horca y cuchillo,
Que pasado ya el rastrillo
Y desnudos los aceros
Con sus treinta caballeros
Está al frente del castillo.

Sólo una vez se miraron:
Él en su corcel pasaba
Y ella en su reja se hallaba;
Se comprendieron, se amaron.
Almas tristes, confiaron
Sus sueños al porvenir,
Y el galán viene á cumplir
El voto que hizo al pasar:
A la hermosa libertar
O por la hermosa morir.

La lid á trabarse va...
Suenan un tajo y otro tajo,
Y en sangre de arriba abajo
Tinta la escalera está.
Un muerto aquí y otro allá;
Ni un punto la lucha cesa.
El galán su espada impresa
Doquiera dejando fué...
Y dichoso al fin se ve
En brazos de la princesa.

¿Has oído, oh bien que anhelo?
¿Has oído, niña hermosa,
De tez de color de rosa
Y ojos de color de cielo?
Como una luz de consuelo
Has descendido ante mí,
Y en mi amante frenesí,
Aunque me venden tu amor,
En la lucha vencedor
He de llegar hasta tí.

Negra noche de agonía
No es es eterna, que amanece
Y el cielo azul se embellece
Con los fulgores del día.
Será tu belleza mía,
Mía será tu pasión,
Y tendrás como oblación
Mi vida para adorarle,
Mi lira para para cantarte
Y á tus pies mi corazón.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

ANÉCDOTA TRADUCIDA DEL PERSA

El califa Mahdi salió un día á cazar. Habiéndose separado de su comitiva en el ardor de la caza, se sintió hambriento y oprimido por el calor. Condójele la casualidad á la tienda de un árabe; entró y dijo:

—O árabe, ¿quieres recibir á un huésped?

El árabe respondió:

—Si te contentas con lo que puedo ofrecerte y lo recibes sin murmurar, seas bien venido.

—Tráeme lo que tienes, dijo Mahdi.

El árabe le presentó una porción de maíz tostado que su huésped comió.

—Muy bueno, dijo, ¿qué más tienes?

Presentóle un pedazo de queso que despachó el califa con igual rapidez.

—Bueno también, dijo, ¿tienes algo más?

El árabe produjo una redoma con vino y llenando una copa se la bebió él mismo: volvió luego á llenarla y la presentó á Mahdi.

Este, después de haberla bebido, dijo dirigiéndose á su huésped:

—¿Me conoces?

—No, dijo el árabe.

—Soy uno de los domésticos de Mahdi, el califa, dijo éste.

—Puede ser, repuso el árabe, es muy probable.

Cuando hubo bebido otra copa volvió á preguntar:

—O árabe, ¿me conoces?

—¿Qué sé yo! respondió el árabe, acabas de decirme que eres uno de los domésticos del califa.

—No, repuso el Mahdi, soy uno de sus generales.

—Es probable, contestó su huésped, muy posible.

Después de algún tiempo bebió el califa otra copa de vino, y volvió á preguntar:

—O árabe, ¿me conoces?

—¿Cómo es posible que te conozca? dijo éste, primero digiste ser uno de los domésticos del Mahdi, y después uno de sus generales.

—No, exclamó el Mahdi, soy el califa en persona.

Al oír esto el árabe cogió precipitadamente el vino y lo encerró.

—Dame más vino, dijo el Sultán.

—Eso no haré yo, contestó el árabe, después de haber bebido la primera copa pretendistes ser uno de los criados del Mahdi; después de la segunda, uno de sus generales; después de la tercera, el califa mismo; y si llegas á beber la cuarta saldremos con que eres el santo profeta en persona y en un instante te rodearán tus ángeles cuya multitud desbaratará mi ajuar y me causará mucha incomodidad.

Causó al califa mucha risa este discurso, y habiendo llegado su comitiva hizo un magnífico presente al árabe y partió.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

En aquella jornada, Silvestre estuvo hecho un valiente: la vieja abuela Moan se hubiera enorgullecido de ver á su nieto convertido en bravo guerrero.

Parecía estar en su elemento. En un instante de suprema indecisión, cuando los marineros, agobiados por el número, iban á comenzar el movimiento de retirada que hubiera sido la muerte segura de todos ellos, Silvestre había continuado avanzando, y cogiendo su fusil por el extremo del cañón, hizo cara á todo un grupo menudeando á diestro y siniestro culatazos, cada uno de los cuales derribaba un hombre en tierra. Gracias á él, el combate cambió rápidamente de aspecto; la indecisión pasó del lado de los chinos, quienes, á su vez, emprendieron la retirada, hasta declararse en precipitada fuga.

Los marineros no hacían más que cargar y descargar sus armas de tiro rápido, cazándolos como si fueran conejos. Había en la hierba charcos rojos, cuerpos desvencijados y cráneos agujereados que vertían masa cerebral en el agua del arroyo.

Los chinos huían encorvados como leopardos. Silvestre corría tras ellos, herido ya por dos veces con un lanzazo en la ingle y un profundo corte en el brazo, pero sin sentir nada más que la embriaguez de batirse; esa embriaguez que proviene de una sangre vigorosa; la que da á los pusilánimes el valor sublime; la que hizo los antiguos héroes.

Uno de los chinos á quien perseguía, se volvía para apuntarle en una inspiración de terror desesperado. Silvestre se detuvo, sonriente, desdefioso, magnífico de serenidad, para dejarle descargar su arma, aunque cuidando de inclinarse un poco á la izquierda, viendo la dirección del tiro que iba á salir; pero en el movimiento que se produce al oprimir el gatillo un pulso poco seguro, el cañón del fusil, por funesta casualidad, se desvió en el mismo sentido. Experimentó entonces una conmoción en el pecho, y comprendiendo bien lo que era, movido por un relámpago del pensamiento, y aun antes de empezar á sentir el dolor de la herida, volvió la cabeza hacia las camaradas que le seguían, para decirles, como lo hubiera hecho un veterano, la frase consagrada:

— ¡Creo que me han dado la cuenta completa!

En la aspiración que hizo, fatigado de correr, para llenar de aire sus pulmones, sintió que también penetraba aire por el agujerito que llevaba en la tetilla derecha, con un pequeño ruido como en un fuelle roto. Al mismo tiempo se le llenó la boca de sangre, y empezaba á sufrir en el costado un dolor agudo que se exasperaba por segundos, hasta convertirse en poco tiempo en algo atroz é indecible. Dió dos ó tres vueltas sobre sí mismo, con la cabeza perdida de vértigo y tratando con mil penas de recobrar la respiración en medio de todo aquel líquido rojo, cuya subida le ahogaba, hasta que, no pudiendo ya conservar el equilibrio, cayó pesadamente en el suelo fangoso.

XXI

Habían pasado quince días.

Silvestre, á quien enviaron á Hanoi con otros heridos, fué transportado á la bahía de Ha-Long y dejado á bordo de un buque-hospital que regresaba á Francia.

Había hecho un doloroso viaje en varias camillas, deteniéndose en todas las ambulancias del tránsito. Los cirujanos lo trataron lo mejor que pudieron; pero operado en tan malas condiciones, su pecho se había ido llenando de agua, del lado herido, y el aire continuaba entrando con un ruido siniestro, por aquel agujero que no podía cerrarse.

Sus jefes le habían condecorado con la medalla militar, honor que había procurado un momento de alegría al pobre herido. Pero ya no era éste el bravo marinero de unos días antes, de aspecto marcial y decidido, de voz breve y vibrante. No; el largo sufrimiento y la fiebra habían trocado aquel ser vigoroso en un niño débil, que echaba de menos la cabaña natal y los solícitos cuidados de su abuelita. Sentirse tan malo y estar lejos, ¡muy lejos!; pensar que habían de pasar tantos días antes de que pudiera llegar á la patria ¿duraría hasta entonces su

vida? Esta noción de espantoso alejamiento abatía su ánimo y le oprimía el corazón al despertar, cuando después de las horas de modorra causadas por la fiebre, volvía á sentir el dolor intolerable de las heridas y el ruido incesante del aire, penetrando por el agujero de su pecho. Así, pues, había suplicado con empeño que le embarksen á todo trance para Francia.

Penoso por demás fué el traslado del herido á bordo del buque transporte. Como pesaba tanto, le daban sin querer unas saudades que le hacían prorrumpir en desconsolados gritos de dolor.

Acostáronle en una de las pequeñas camas de hierro alineadas en el entrepuente, habilitado á modo de hospital, y volvió á empezar, pero esta vez en sentido inverso, su largo paseo á través de los mares. Sólo que ahora, en lugar de vivir como un pájaro, en el libre ambiente de las cofas, vivía en medio de la pesada atmósfera interior, respirando exhalaciones de heridas, de medicinas y de miserias.

Los primeros días, la alegría de verse en camino de la patria le había procurado cierto alivio. Hasta podía incorporarse en el lecho, sostenido por almohadas, y de vez en cuando pedía su caja; un cofrecito de madera blanca comprado en Paimpol, que le servía para guardar sus cosas preciosas. Había allí las cartas de la abuela con las de Juan y las de Gaud; un cuadernito en el que había copiado canciones aprendidas á bordo, y un libro de Confucio en chino, encontrado en una aldea abandonada, y al respaldo de cuyas hojas, que estaba en blanco, había ido escribiendo en manera sencilla é ingenua una especie de diario de la campaña.

El mal, sin embargo, no mejoraba de aspecto, y al cabo de una semana de viaje los médicos desesperaron de salvarlo.

Hallábanse ahora cerca del Ecuador, en el excesivo calor de las tormentas. El transporte seguía imperturbable su rumbo, sacudiendo sus camas y sus enfermos sobre las olas agitadas.

En el tiempo que llevaban de cingladura, más de una de las pequeñas camas habían quedado vacías, por fallecimientos de los desgraciados que las ocupaban, y á quienes el inmenso abismo había servido de sepulcro.

Reinaba una oscuridad casi completa en el hospital movable. A causa de lo agitado del mar, habían tenido que cerrarse los manteletes de las portas, lo que hacía más horrible la permanencia en aquel lugar, sin luz y sin aire, donde se asfixiaban los enfermos.

Silvestre iba peor: su fin se acercaba. Echado del lado de la herida, se comprimía el pecho con todo lo que le quedaba de fuerza, tratando de inmovilizar en su pulmón derecho aquella descomposición líquida, y de respirar solamente con el otro. La angustia suprema había comenzado para él.

Por su cerebro de moribundo cruzaban toda especie de visiones del país ausente: parecía que en la obscuridad caliginosa, figuras amadas ó antipáticas venían á inclinarse sobre su lecho; estaba en un perpetuo sueño de alucinado, que le transportaba de Islandia á Bretaña y de Bretaña á Islandia, sin transición alguna.

Por la mañana había llamado á su cabecera al capellán de á bordo, hombre sexagenario, habituado á ver morir á los marineros: el sacerdote había quedado sorprendido al encontrar dentro de aquel cuerpo tan viril, la pureza y la candidez de un niño.

Pedía aire, necesitaba aire; pero no le había en la calma pesada de la atmósfera, ni podían darle, por consiguiente, las mangas de ventilación. El enfermero que no cesaba de abanicarle con un abanico chino pintarrañado de flores, no conseguía más que agitar sobre su cabeza emanaciones malsanas, olores ya cien veces respirados, que los pechos rechazaban con repugnancia.

A veces, sentíase acometido por arrebatos de rabia que le impulsaban á salir de aquel lecho, hacia el cual sentía venir la muerte; de irse allá arriba, al aire libre, para escapar á sus garras..... ¡Oh! ¡cuán felices eran aquellos que subían por los obenques y se encaramaban en las cofas!..... Pero todo su gran esfuerzo para marcharse, no le llevaba más que á levantar un poco su cabeza debilitada; algo como esos movimientos incompletos que se ejecutan durante el sueño. ¡Ah! no podía escaparse: volvía á caer en los mismos hoyos de su cama deshecha, enfriada ya por la proximidad de la muerte, y á cada tentativa, después de la fatiga de tal sacudi-

miento, perdía por un instante la conciencia de todo.

Para darle un poco de consuelo, el enfermero concluyó por abrir una porta, por más que semejante maniobra no estuviese exenta de peligro, agitado como estaba el mar todavía. Erán las seis de la tarde. Cuando la porta estuvo abierta, penetró en el entrepuente una deslumbradora claridad rojiza.

El sol poniente aparecía en el horizonte con esplendor extremo, en el desgarramiento de sombrío velo de nubes: su luz vivísima se paseaba al movimiento de balance, é iluminaba el hospital, vaciando, como una gran antorcha que se moviera en el espacio.

En cambio no entraba aire. En todo aquel infinito del mar ecuatorial no había más que humedad caliente; pesadez irrespirable. Nada de aire por ninguna parte; ni aun siquiera para los moribundos jadeantes.

Una última visión le agitó sobremanera: era la vieja abuela Moan, que atravesaba un camino, muy de prisa, con una expresión de ansiedad desgarradora: la lluvia caía de unas nubes que parecían fúnebres crespones tendidos en el cielo. Iba á Paimpol, llamada por el comandante de marina, con objeto de informarla de su muerte.

No tardó en entrarle el estertor de la agonía. El enfermero secaba solícitamente con una esponjita los espumaderos de sangre y agua que le subían del pecho en los movimientos convulsivos de su cuerpo. Y el sol magnífico continuaba iluminándole: hubiérase dicho el incendio de todo un mundo: por la abertura de la porta penetraba una ancha faja de fuego, que venía á morir sobre el miserable lecho, rodeando de un nimbo refrulgent al moribundo.

En aquel mismo instante, el sol alumbraba también las playas de Betraña, donde era cerca del mediodía. Era el mismo sol, en el mismo minuto preciso de su duración sempiterna; pero allí tenía un color muy diferente; manteníase más alto, en un cielo azulado, é iluminaba con una suave luz blanca á la abuela Moan, que cosía sentada delante de su puerta.

En Islandia, donde en aquel momento era de mañana, el sol ostentaba su palidez muerta, derramando una claridad dudosa sobre un *fiord* en cuyas aguas navegaba la *Maria*, y el cielo aparecía de una de esas purezas hiperbóreas que despiertan ideas de planetas enfriados y sin atmósfera, Juan pescaba, como de costumbre, iluminado también por aquella luz extraña.

En el instante en que se extinguía la banda de fuego rojo que entraba por la porta del entrepuente del transporte de guerra, en que el sol desaparecía por completo en el seno de las aguas doradas, los ojos de Silvestre se convirtieron hacia su frente, como si quisieran desaparecer en la calca. Entonces el enfermero cerró piadosamente sobre ellos los párpados terminados por largas pestañas, y el cuerpo adquirió la belleza tranquila de un mármol yacente....

XXII

Y ahora no puedo resistir al deseo de referiros el entierro de Silvestre, que presidió yo mismo, autor de este libro (1), allá abajo, en la isla de Singapur. Muchos otros muertos habían sido arrojados al agua durante los primeros días de la travesía; pero como esta vez nos hallábamos próximos á aquella tierra malaya, se decidió guardar el cadáver algunas horas más, para darle en ella cristiana sepultura.

El acto se verificó por la mañana; á causa del horrible calor del sol. Colocóse el ataúd en una canoa, cubierto con la bandera francesa. Dormía aún la gran ciudad extraña, cuando tocamos tierra. Un pequeño furgón, enviado por nuestro cónsul, aguardaba en el muelle; en él pusimos el cuerpo, así como la cruz de madera, hecha por el carpintero de á bordo, en la cual se leía el nombre del difunto, pintado con letras blancas sobre el fondo negro, húmedo todavía.

Continuad

(1) Téngase presente que Pierre Lotti es un oficial de la marina francesa de guerra.—(N del T.)

Valor de este Suplemento, un Bolívar.

Los suscritores á EL COJO ILUSTRADO tienen derecho á este Suplemento sin ningún recargo de suscripción.

CANTIGA RELIGIOSA

Compuesta para la fiesta de "La Limosna" que se verifica anualmente en el templo de Sta. Rosalía

ANDANTINO

Por F. de P. Magdaleno

Diáno

Voces

Salve Ma ri ri Ma dre de Dios Dulce re fu gio del pe ca dor ai quien el mun do

consanta dox rin de tri bu to de adora cion Por quien a lion tan goy quien de li ran

Por quien sus bi ran lle nos deci mor El que el fue go la guen tel ave la brisa sua ve

la ere a cion Sal ve Ma ri ri Ma dre de Dios Dulce re fu gio del pe ca dor

Diáno solo la 1ª vez

Salve Ma ri ri Ma dre de Dios Dulce re fu gio del pe ca dor pe ca dor ai quien el mun do

consanta dox rin de tri bu to de adora cion ai quien el mun do consanta dox

rin de tri bu to de adora cion Sal ve Ma ri ri Ma dre de Dios Dul ce re

fu gio del pe ca dor